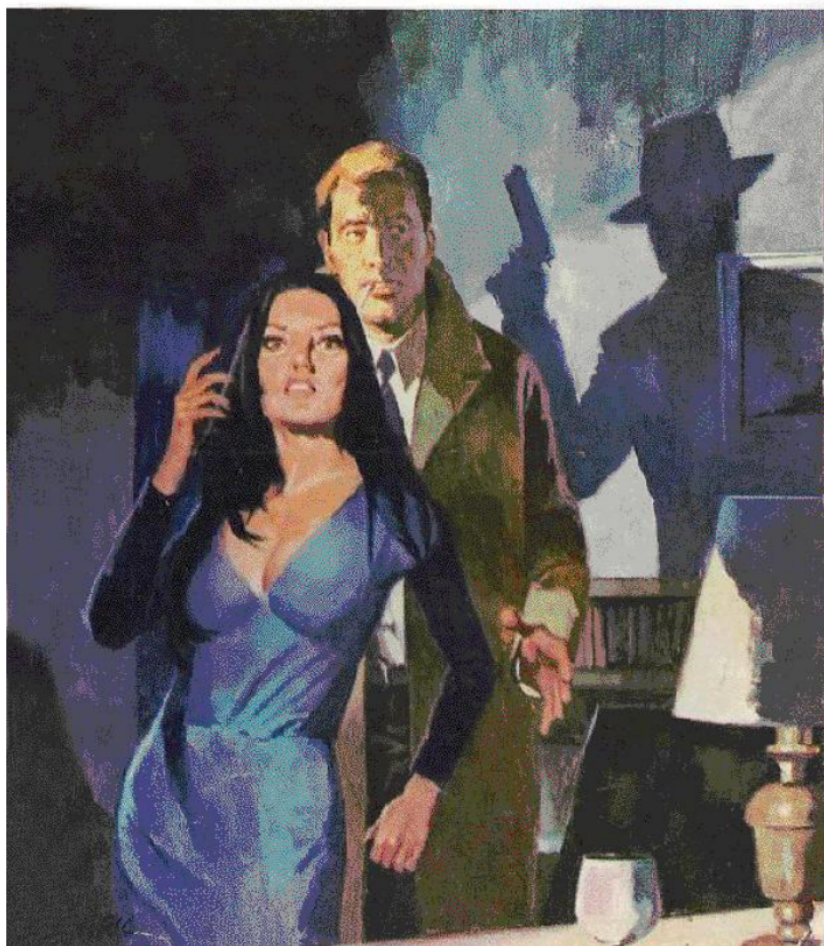


prohibido asesinar; coto privado

adam surray



COLECCION

PUNTO ROJO

PUNTO
ROJO



ADAM SURRAY

**PROHIBIDO ASESINAR;
COTO PROHIBIDO**

Colección **PUNTO ROJO** n.º 734
Publicación semanal



EDITORIAL BRUGUERA, S. A.

BARCELONA - BOGOTÁ - BUENOS AIRES - CARACAS - MEXICO

ISBN: 84-02-02520-X

Dépósito legal: B 12.552 - 1976

Impreso en España - Printed in Spain

1ª edición: mayo, 1976

© Adam Surray, 1976
texto

© Enrique Martín, 1976
cubierta

Concedidos derechos exclusivos a favor
de EDITORIAL BRUGUERA, S.A.
Mora la Nueva 2, Barcelona (España)

Todos los personajes y entidades privadas que aparecen en esta novela, así como las situaciones de la misma, son fruto exclusivamente de la imaginación del autor, por lo que cualquier semejanza con personajes, entidades o hechos pasados o actuales, será simple coincidencia.

Impreso en los Talleres Gráficos de **Editorial Bruguera, S.A.**
Mora la Nueva, 2 - Barcelona - 1976

Todos los personajes y entidades privadas que aparecen en esta novela, así como las situaciones de la misma, son fruto exclusivamente de la imaginación del autor, por lo que cualquier semejanza con personajes, entidades o hechos pasados o actuales, será simple coincidencia

**ULTIMAS OBRAS DEL MISMO AUTOR
PUBLICADAS POR ESTA EDITORIAL**

En Colección SERVICIO SECRETO:

1337. — Brigada-77

En Colección SALVAJE TEXAS:

878. — El último de los McClure

En Colección KANSAS:

769. — Los vividores

En Colección PUNTO ROJO:

709. — Profesional del crimen

En Colección COLORADO:

829. — Un caballo, un «Colt» y una mujer

En Colección BUFALO SERIE AZUL:

169. — Al sur de Río Grande

En Colección BISONTE SERIE AZUL:

275. — Un cuervo, dos cuervos» tres cuervos

CAPÍTULO PRIMERO

El auto, un «Buick» negro de la serie «Centurión», circulaba por la autopista San Francisco-Los Ángeles a la máxima velocidad permitida.

En el asiento delantero dos individuos.

Blake Andrews, al frente del volante, silbaba coreando torpemente el popular *Hey armónica man*, de Stevie Wonder en el autorradio. La expresión de su rostro resultaba cómica. Hinchando las mejillas ya de por sí mofletudas. Era un individuo propenso a la obesidad.

Su compañero era el polo opuesto.

Únicamente coincidían en la edad.

George Brook, treinta y cinco años, rostro acartonado y esquelética figura. Una pastilla de *cheving gum* bailaba incesantemente en su boca.

—Pronto oscurecerá, Blake...

Blake Andrews asintió sin desviar sus diminutos ojos del cristal delantero del auto.

—Tranquilo, George. Tomaré la primera bifurcación. Aunque, a decir verdad, no tenemos ninguna prisa.

George Brook escupió por la ventanilla la goma de mascar.

—Estoy deseando regresar a San Francisco.

El *Hey armónica man* de Stevie Wonder se interrumpió bruscamente, siendo reemplazado por el locutor de la emisora. Su voz sonó ronca. Deliberadamente dramática:

«Interrumpimos unos minutos nuestro habitual programa para facilitarles unas últimas noticias relacionadas con el caso Barbra Eythe».

Brook y Andrews intercambiaron una rápida mirada. El primero de ellos hizo girar el mando del autorradio acentuando el volumen.

La voz del locutor resonó en el interior del vehículo:

«El señor Walter Eythe, uno de los más importantes magnates de California, ha realizado unas recientes declaraciones a la Prensa. Ha pactado con los secuestradores de su hija. Walter Eythe, haciendo caso omiso a los consejos del FBI, ya ha pagado el rescate. Doscientos cincuenta mil dólares. No reveló el modo en que se efectuó la entrega del dinero. Según palabras de Walter Eythe, los secuestradores comunicarán esta misma tarde el lugar donde encontrar a la joven Barbra. Éstas son las noticias. Les mantendremos informados. Unicamente deseamos manifestar nuestra total disconformidad con Walter Eythe. Jamás debió ceder a los secuestradores. Ellos no cumplirán su palabra. Y de hacerlo, ¿encontraremos a Barbra Eythe viva o muerta? Es lamentable el...»

George Brook desconectó el aparato.

Furioso.

—Bocazas...

—Así se gana el pan, George —rió Andrews.

—Debió limitarse a comunicar la noticia. Sin más. ¿Quién diablos es él para dar consejos o mostrarse contrario a la decisión de Walter Eythe? De estar en su misma situación hubiera actuado igual. El FBI ya no es la organización temible de antaño. No se puede confiar en que solucione el caso.

Blake Andrews asintió moviendo repetidamente su pesada cabeza.

—Cierto, George, cierto... Quedan muy lejanos los tiempos de Hoover y sus invencibles

«G-men».

El Federal Bureau of Investigation se dedica ahora a la política.

—Y nosotros contribuimos pagando los impuestos.

—La vida es un asco, compañero. Un descomunal estercolero.

—Seguro.

El «Buick» ya había abandonado la autopista circulando por una de las secundarias que conducen al Sequoia National Park. No llegaron a tan maravilloso lugar. Mucho antes se desviaron adentrándose por la comarcal de Farrsville. El cartel anunciador indicaba quince millas para llegar a la localidad.

—¿Dónde nos detendremos, Blake?

—Poco antes de llegar a Farrsville. En cualquier lugar que consideremos apropiado.

—¡Eh, Blake...! ¡Mira allí!

A la izquierda de la carretera comarcal nacía un estrecho sendero. Sin asfaltar. Protegido por frondosos árboles. Un letrero, al mismo pie del camino, destacaba por sus gruesas letras de molde.

«Prohibido el paso. Propiedad privada»

Blake Andrews ignoró deliberadamente aquella advertencia. Giró el volante con brusquedad, obligando a un estridente chirriar de neumáticos. El «Buick» se adentró por el polvoriento sendero.

El terreno que les circundaba era pródigo en árboles.

—Magnífico bosque.

—Cierto, George.

—Y propiedad privada.

—De algún bastardo forrado de dólares. No debería de estar permitido. Es un delito acotar la Naturaleza. Voy a dar vuelta en aquella pequeña explanada. Tal vez más adelante sea difícil realizar la maniobra.

El adiposo rostro de Andrews se perló de diminutas gotas de sudor. Atravesó el «Buick» en el sendero. Hizo girar el volante para acto seguido dar marcha atrás, enderezando de nuevo la dirección.

Quitó el contacto.

—Bien... No hay duda de que hemos encontrado el mejor lugar. Solitario, tranquilo y hermoso.

Los dos hombres descendieron del auto.

George Brook abrió la portezuela trasera.

Tiró de la manta que cubría a la muchacha que yacía sobre el tapizado. Atada de pies y manos. Con una ancha cinta adhesiva sobre su boca.

Brook colocó sus manos bajo las axilas de la joven sacándola del vehículo.

—¿Se encuentra bien, señorita Eytke?

Barbra Eytke, con la boca taponada, no pudo responder; pero sus ojos sí hablaron por ella. Ojos desorbitados por un indescriptible terror.

Quedó sobre un terreno alfombrado de verde hierba.

Lucía un *pullover* y ceñidos *jeans*. Su pecho juvenil subía y bajaba en descompasado respirar.

Diecinueve años.

Demasiado joven para morir.

Blake Andrews le quitó la mordaza y el pañuelo previamente introducido en su boca.

Barbra Eythe inspiró con fuerza.

Balbuceó repetidamente antes de poder articular palabra alguna.

—Piedad... no... no me maten...

Andrews y Brook intercambiaron una perpleja mirada.

—Señorita Eythe, por favor... Somos unos caballeros. Ha permanecido con nosotros tres días, ¿no es cierto? ¿La hemos ofendido en algo? Puede que no lográramos controlar algunas insanas miradas; pero de ahí no pasó. George y yo somos dos caballeros. Su padre envió el dinero. Lo tenemos en el auto. Un maletín con un cuarto de millón de dólares. En billetes usados de diez y veinte dólares. Ahora vamos a telefonar a su padre.

En los ojos de la muchacha nació un leve brillo de esperanza.

—¿Me..., me van a dejar con vida?

—Por supuesto. Únicamente permanecerá atada de pies y manos. Nos debe dar tiempo a salir de aquí. No tardarán en encontrarla, señorita Eythe. Cuando lleguen los coches de la policía, puede incluso guiarles con sus gritos. Adiós. Ha sido un placer.

Los dos hombres se encaminaron hacia el auto.

—Toma tú el volante, George.

Se acomodaron en el asiento delantero.

George Brook dio el contacto mientras su compañero manipulaba en uno de los compartimentos del salpicadero. Extrajo una «Super-Star» ya con el tubo silenciador acoplado al cañón.

Blake Andrews extendió el brazo armado por la ventanilla.

—¡Adiós, señorita Eythe!

Barbra, que ya se consideraba a salvo, desencajó sus facciones en una mueca de terror. Quiso gritar, pero la muerte llegó antes.

Andrews apretó tres veces el gatillo.

Fríamente.

Tres detonaciones secas.

Tres rojos orificios en el *pullover* de Barbra Eythe. Sobre su seno izquierdo. A la altura del corazón.

George Brook chasqueó la lengua mientras apretaba a fondo el pedal del gas.

—Dicen que era licenciada en no sé qué cosa... ¿Cómo se puede

ser tan estúpida? Debía comprender que era imposible dejarla con vida. Hubiera dado nuestra descripción y entonces el FBI sí se habría apuntado un triunfo. Estamos fichados en todo Estados Unidos.

—En efecto, Blake.

Dejaron atrás el bosque llegando a la comarcal que conducía a Farrsville.

Brook detuvo el auto.

Dudando.

—Oye, Blake..., podemos cruzar Farrsville y enlazar con la carretera de Bakersfield. Siguiéndola nos llevaría a Los Ángeles con un recorrido más corto que volviendo a la autopista. Transcurrido un tiempo prudencial, regresamos a San Francisco.

—No es mala idea.

—Y desde Farrsville telefoneamos a San Francisco para comunicar a Walter Eythe dónde puede encontrar a su hija.

Blak Andrews aprobó con una sonrisa.

—Magnífico, George. Así sabrán todos que somos hombres de palabra.

CAPÍTULO II

William Compton tiró con suavidad de los cabellos femeninos. Aquello hizo levantar el rostro de la muchacha, ofreciendo sus entreabiertos labios.

Compton los selló con un beso. Percibió cómo los brazos de la joven se entrelazaban tras su nuca atenazándole con sensual ronroneo.

La sangre se agolpó en las sienes de William Compton. No permaneció inactivo. Debía corresponder al entusiasmo de Susan. Su diestra descendió acariciando la espalda femenina hasta llegar a la cintura.

La muchacha se incorporó de un salto escapando de sus brazos. Sin controlar un leve grito.

—¿Qué ocurre? —inquirió William Compton perplejo—. ¿Tengo las manos frías?

—¡Están llamando!

En efecto.

El timbre de entrada sonaba en cortas intermitencias.

—¿Y qué? ¿Acaso no has cerrado? Nadie nos molestará.

—¡Puede ser un cliente, William!

Compton movió el sillón giratorio situándolo frente a la mesa escritorio. Con ambas manos mesó su abundante cabello negro.

—*Okay*... Ve a recibirle. Ya conoces mis gustos. Nada relacionado con infidelidades conyugales, conductas dudosas a investigar ni...

—Lo sé, William.

—Susan...

La muchacha, que ya tocaba el pomo de la puerta del despacho, giró con un seductor cimbrear de cintura.

—¿Sí?

—No te muevas así... Al cliente le puede caer la baba y

estropearme la alfombra de la antesala.

Susan sonrió.

Pasó a la antesala cerrando tras de sí.

William Compton se reclinó en el sillón ahogando un suspiro.

Susan Lewis llevaba dos semanas como su secretaria. Acordaron un mes de prueba.

Sí.

La plaza sería para ella.

En aquellas dos semanas había demostrado sobradamente sus cualidades.

Se encendió uno de los pilotos del interfono.

William Compton pulsó la palanca correspondiente.

—¿Sí?

—El señor Eythe solicita ser recibido... El señor Walter Eythe...

Compton parpadeó repetidamente, aunque reaccionó de inmediato. Disculpó la nerviosa voz de su secretaria.

La visita de Walter Eythe era para sorprender a cualquiera.

—Hágale pasar, señorita Lewis.

La puerta semividriera se abrió a los pocos segundos. Franqueada por Susan, que se hizo a un lado para permitir el paso del individuo. La volvió a cerrar dejándole a solas con Compton.

Walter Eythe frisaba en los cincuenta años de edad; aunque parecía poseer la vitalidad de un muchacho. Rostro de duras facciones, que delataban firmeza de carácter. Vestía con discreta elegancia.

William Compton se había incorporado tendiendo su diestra.

—Tome asiento, señor Eythe.

—Gracias.

Walter Eythe se dejó caer en uno de los dos sillones situados frente a la mesa escritorio. Entrelazó sus manos tratando de ocultar un incipiente temblor. Su rostro pareció perder toda energía apagándose incluso el brillo de sus ojos.

Su abatimiento era lógico.

Toda California comentaba la tragedia del poderoso magnate.

—Me han hablado muy bien de usted, Compton. Concretamente el senador McDouglas. Es un buen amigo. Solucionó su problema con gran eficacia y discreción.

—Fue un caso sencillo.

—El senador McDouglas no opina así. Habían desaparecido ciertos documentos de su caja fuerte y se le sometía a chantaje. Usted recuperó esos documentos y descubrió al chantajista. No es ése su único acierto, Compton. Antes de decidir visitarle he estudiado su brillante historial como investigador privado. Conozco a la perfección su vida profesional... y privada.

William Compton sonrió ofreciendo su cajetilla de «Pall Mall». Al rechazarla Eythe, procedió a encender un cigarrillo.

—¿No se ha tomado demasiadas molestias?

—Eran necesarias, Compton. Tengo por norma interesarme en los hombres que van a trabajar para mí. En su caso debía acentuar aún más mi interés. Su vida privada no es, en verdad, pródiga en virtudes; pero la mantiene totalmente desligada de su campo profesional. En éste es honrado, inteligente y discreto. Suficiente para mí.

—Muy amable, señor Eythe. ¿Cuál es su problema?

El rostro de Walter Eythe se ensombreció.

—Demasiado lo sabe, Compton. La familia Eythe lleva acaparando últimamente la primera plana de todos los periódicos.

—También conozco el triste desenlace.

—No habrá desenlace hasta que aparezca mi hija Barbra.

William Compton succionó el cigarrillo. Exhaló una bocanada. Por unos instantes el azulado humo semiocultó sus facciones. Se incorporó avanzando unos pasos hasta quedar apoyado en una de las esquinas de la mesa.

Compton, a sus treinta años de edad, tenía una bien ganada reputación como investigador privado. Seleccionaba su trabajo sintiendo predilección por los casos difíciles. Aquellos que ponían a prueba su capacidad. El éxito siempre le acompañó. Fue un acierto el que, concluida su licenciatura como abogado, se dedicara de lleno a aquella fascinante profesión. Un buen despacho en Nob Hill y un magnífico apartamento en North Beach. Sin olvidar la saneada cuenta corriente de su banco.

Walter Eythe, aprovechando la larga pausa del detective, le contempló fijamente.

Pugnando por leer sus pensamientos.

El rostro de Compton era impenetrable. Ninguna emoción se reflejaba en sus correctas facciones. Totalmente inexpresivas. Sus

ojos, de un gris muy claro, acentuaban aquella carencia de expresión. Su complexión era atlética. Lucía chaqueta de terciopelo color castaño bruñido, jersey de cuello cisne y pantalones de lana almizclada.

—Temo no comprenderle, señor Eythe... Su hija fue raptada hace exactamente ocho días. Al tercer día del secuestro entregó los doscientos cincuenta mil dólares exigidos por el rescate. Ese mismo día le telefonearon indicando que encontraría a su hija Barbra en un bosque privado existente en la comarcal que conduce a Farrsville. ¿Correcto?

—Sí.

—El FBI se desplazó de inmediato al lugar indicado. Ese bosque resultó ser propiedad de Rudolf Symonds, hombre que controla la importante industria Symonds Chemical, de Farrsville. Rudolf Symonds proporcionó toda clase de ayuda y facilidades para que los hombres del Federal Bureau of Investigation realizaran su trabajo. Después de dos días de minucioso rastreo, cesaron la búsqueda. Barbra no se encontraba allí.

El FBI ya había descubierto el lugar de San Francisco donde Barbra permaneció los tres primeros días de su cautiverio. Y también, por las huellas encontradas, la identidad de los secuestradores. George Brook y Blake Andrews. Dos peligrosos asesinos con antecedentes penales desde que empezaron a tomar el biberón. El FBI los ha incluido en su famosa lista de los diez más buscados. En los primeros puestos. Sus fotografías son reproducidas en todos los diarios de la nación. Tarde o temprano se verán obligados a salir de su madriguera y entonces serán capturados.

—¿Y eso da por finalizado el caso, Compton?

—Supongo que se recuperará parte del cuarto de millón entregado; pero creo que eso no le importa.

—Exacto, Compton. Sólo me interesa Barbra.

—Su hija está muerta, señor Eythe.

La dura respuesta del detective no pareció afectar a Eythe. Asintió con leve inclinación de cabeza.

—Es lo más probable...; pero queda un ligero margen para la esperanza. Y quiero aprovecharlo, Compton.

—El FBI se encarga de ello. Cuando den caza a esos dos asesinos se sabrá en verdad el lugar donde dejaron a su hija.

—Llevan ya cinco días tras esos dos hombres.

—No es trabajo sencillo, señor Eythe. George Brook y Blake Andrews se saben acosados. Dejarán pasar algún tiempo, antes de decidirse a salir de su escondite. En San Francisco, Los Ángeles, Sacramento, San Diego... cualquiera de esas ciudades cuenta con barrios bajos donde albergar a las más repulsivas ratas. El dar con ellos puede ser cuestión de días o meses.

—No quiero esperar tanto, Compton. De ahí que requiera sus servicios. Para eso estoy aquí.

William Compton aplastó el cigarrillo.

Se acomodó de nuevo tras la mesa escritorio.

—Tengo por norma no engañar a los que acuden a mí, señor Eythe. Lo fácil y provechoso sería aceptar y dedicarme a buscar a esos dos asesinos; pero no es misión de un solo hombre. Está en manos del Federal Bureau of Investigation. Ellos son los más capacitados. El secuestro es uno de los delitos federales que el FBI más desprecia.

—Su misión no sería dar caza a Brook y Andrews.

Compton arqueó las cejas.

Sus grises ojos se posaron inquisitivamente en Eythe.

—Explíquese.

—George Brook y Blake Andrews fueron vistos en una gasolinera de la autopista San Francisco-Los Ángeles. Antes de llegar al tramo que conduce a Farrsville. Iban en un «Buick Centurión» color negro.

—He leído ese dato en la Prensa.

—La voz que me telefoneó indicando que encontraría a Barbra en el bosque próximo a Farrsville no era la del clásico espontáneo de macabro humor ajeno al asunto. Tenía intervenido el teléfono por el FBI. La voz quedó registrada. Correspondía a la anteriormente detectada en mis conversaciones con los secuestradores. ¿Por qué molestarse en decir que encontraría allí a Barbra siendo falso?

—Tengo entendido que la llamada no se efectuó desde Farrsville. Casualmente, las líneas automáticas estaban averiadas aquel día. Toda comunicación exterior debía pasar por la operadora de Farrsville. Y no tiene registrada ninguna llamada a su teléfono. Posiblemente tuvieron intención de dejar a Barbra en ese bosque y le llamaron desde la autopista. Luego decidieron otra cosa y no se

aproximaron a Farrsville. Resultaría absurdo arriesgarse en otra llamada. Incluso me sorprende la primera.

—Quiero que investigue en Farrsville.

—Ya lo ha hecho el FBI, señor Eythe. Nadie vio a George Brook y Blake Andrews por la ciudad, ni al «Buick Centurión», no hubo llamada telefónica desde allí...

Walter Eythe interrumpió con brusco movimiento.

Alargó su diestra depositando un rectangular papel sobre la mesa escritorio. Era un cheque en blanco a nombre del detective, debidamente firmado por Walter Eythe.

—Puede usted fijar los honorarios, Compton.

William Compton no hizo además de recoger el cheque.

Permaneció impasible.

—No acepto un trabajo que carezca de la más remota posibilidad de éxito, Eythe. No engaño a mi cliente con falsas esperanzas mientras me limito a deambular dando golpes de ciego. No es mi estilo. Ofrézcame una pista, por mínima que sea, que conduzca a Farrsville, y acepto de inmediato.

—Creí que su misión era precisamente ésa, Compton, buscar pistas.

—Cierto, Eythe; pero no en un terreno minuciosamente recorrido por los hombres del FBI. Ellos no han encontrado nada en Farrsville que indique el paso de Brook y Andrews.

—Usted puede emplear métodos muy distintos a los del Federal Bureau of Investigation. Muchos testigos enmudecen voluntariamente por temor a complicaciones. No quieren tratos con la policía, pero sí aceptan ser confidentes a cambio de algún dinero... Oiga, Compton. Yo confío ciegamente en usted. Sé que es el mejor. Vamos a hacer un pacto. Acepte el investigar en Farrsville. Si después de una breve estancia en la ciudad no encuentra la menor pista, abandona el caso. Le abono los honorarios por esos días perdidos y asunto concluido.

William Compton dudó.

Abrió la cajetilla en busca de un nuevo cigarrillo.

—Concrete mi misión, Eythe.

—Encontrar a mi hija Barbra. Rescatarla con vida... o dar con su cadáver. Debía estar en ese bosque de Farrsville. Así me fue comunicado por los secuestradores. ¿Qué ocurrió para que

cambiaran de parecer? Encuentre a mi hija, Compton. Si fue asesinada, quiero al menos proporcionar un buen lugar para su descanso eterno y poder rezar ante su tumba.

—De acuerdo, Eythe. Acepto con esa condición. Me desplazaré un par de días a Farrsville. Si no encuentro indicio alguno abandonaré el caso. Lleve su cheque. De los honorarios hablaremos una vez finalizado el trabajo.

Walter Eythe se incorporó.

Con apesadumbrado rostro.

—Encuentre a Barbra y le prometo una fuerte gratificación.

—No quiero parecerle cruel, Eythe. Pero las posibilidades de encontrar a su hija con vida son muy remotas. Prácticamente nulas.

—Sí, lo sé...

El detective también se había incorporado acudiendo hacia la puerta semividriera. Antes de abrir le detuvo un gesto de Eythe.

—Olvidaba un dato importante. Relacionado con el cuarto de millón de dólares. Le supongo ya informado de cómo se efectuó la entrega.

—Uno de sus criados llevó el maletín a los Grandes Almacenes Syms. Allí, entre cientos de personas, le fue arrebatado por uno de los secuestradores. Tal como se acordó, ¿no?

—Sí... Reconozco mi error al no seguir los consejos del FBI; pero ellos me prometieron entregar a Barbra. No obstante tomé una medida de seguridad. Sólo el FBI está al corriente de ella.

—¿De qué se trata?

—El cuarto de millón me fue exigido en billetes usados de diez y veinte dólares. En los billetes de diez dólares, sobre el retrato de Hamilton, se realizó un diminuto punto en su ojo izquierdo. En los veinte dólares, en los labios de Jackson, se encuentra otro microscópico punto. Si los billetes son introducidos en agua, ese punto amplía su radio hasta llegar a ser visible al ojo humano. Todos los billetes han sido así marcados.

—Muy interesante.

—¿Cuándo piensa marchar, Compton?

—Ésta misma noche estaré en Farrsville.

—Gracias... ¿Me mantendrá informado?

William Compton asintió con leve movimiento de cabeza.

Estrecharon sus manos, pasando a la antesala.

El detective le acompañó hasta la puerta de salida. Al despedir a Eythe, cerró quedando apoyado sobre la hoja de madera.

Susan le contemplaba desde su pequeña mesa de recepción.

Expectante.

—¿Qué quería, William...? ¿Te ha encomendado buscar a los secuestradores?

—No, Susan... Algo más complicado —murmuró Compton con grave voz—. Debo encontrar un cadáver.

CAPÍTULO III

—Te quedarás a almorzar, ¿verdad, William?

—No, Judith.

La mujer sonrió.

—Piénsalo mientras hablas con Johnny. Hoy he preparado un succulento «cioppino» tal como a ti te gusta.

—No me tienes, Judith, no me tienes —rió Compton dejando atrás el *living* y adentrándose por el corredor.

Conocía bien aquella casa.

Siempre era bien recibido.

Empujó una de las puertas del pasillo. La correspondiente al despacho de John Hackman. Éste se encontraba en uno de los sillones. Con un largo vaso de *whisky* en su diestra.

Bizqueó ante la entrada de Compton.

—¡Maldita sea, William...! ¿Qué haces aquí? ¡No te quiero ver...! ¡Judith! ¡Judith...!

Compton atrapó la botella de «Johnnie Walker», contemplándola al trasluz. Buscó un vaso sirviéndose una buena dosis.

Se acomodó en el sillón frente a Hackman.

—No te molestes, viejo. Tu querida esposa está en la cocina preparando un fabuloso «cioppino». Me ha invitado a almorzar, pero hoy me resulta del todo imposible.

Aquello pareció tranquilizar a John Hackman.

—¿De veras?

—Sí, Johnny. Te molestaré lo mínimo.

—No soy una computadora, William. Si buscas algún dato pasa esta tarde por las oficinas y procuraré complacerte.

Compton saboreó el *whisky*.

Su sonrisa se tornó cínica.

—¿Cuándo he acudido al FBI en busca de datos, John? Sabes que dispongo de una fuente mejor informada. Incluso tú bebes de

ella.

—Billy Rusell, ¿no? Ese astuto truhán...

—Correcto. Rusell es un archivo andante. Mejor que el situado en el quinto piso del Departamento de Justicia de Washington [1].

—Entonces... ¿qué haces aquí? ¿Visita de cumplimiento?

—¿Creerías eso?

John Hackman denegó con enérgico movimiento de cabeza.

—Ni borracho. Te conozco, William. Eres incapaz de actuar sin un móvil determinado. La palabra cortesía no existe en tu vocabulario. Quieres algo de mí, ¿no es cierto? Escúpelo. Me gustaría terminar placenteramente mi *whisky* sin tu presencia.

—¿Todavía me guardas rencor?

Hackman enrojeció.

—¿Rencor? No seas absurdo...

—Sí, John. Ésa es la verdad. Hace un par de años. Robo al furgón blindado de la United State Barsky, Co. Transportaba una buena remesa destinada a varias entidades bancarias de San Francisco. Delito federal con intervención del FBI. La compañía aseguradora adquirió mis servicios. Yo recuperé el botín, John. La actuación del Federal Bureau of Investigation no fue muy brillante en aquella ocasión. Así lo comentaron todos los periódicos. Tú dirigías la operación.

Hackman malgastó el buen *whisky* vaciándolo de un solo trago.

Lanzó una furibunda mirada al detective.

—Escucha, muchacho. Soy zorro viejo para que tus dientes de lobezno me hagan mella. Llevo más de veinte años al servicio del FBI. Estoy acostumbrado a los triunfos y a los fracasos. No debo hacerlo tan mal cuando desempeño el cargo de SAC. Agente Especial Encargado en San Francisco.

—Jamás lo he dudado, John. Sé que eres el más capacitado del FBI. El difunto Hoover así lo reconoció en más de una ocasión. Se podría escribir un voluminoso libro relatando tus hazañas.

—Eso. Ahora dame jabón.

Los dos hombres rieron alegremente.

William Compton se reclinó en el sillón procediendo a encender un «Pall Mall». Dio una profunda chupada al filtro.

—Estoy aquí para el caso Barbra Eythe.

—¿Quieres repetir eso, William? —solicitó Hackman tras un

parpadear perplejo.

—Has oído a la perfección, John. Esta mañana he recibido la visita del gran Walter Eythe. Ha contratado mis servicios.

—¡Oh, no...!

—Sí, John.

—¿Para qué? ¿Capturar a George Broock y Blake Andrews? Eso es cosa nuestra, William. Al FBI se han unido todas las organizaciones policíacas del Estado. Hasta el simple agente que controla cómo los niños cruzan la calzada al salir de escuela lleva grabada en su mente las fotografías de esos dos asesinos. Sólo es cuestión de tiempo. Tú lo sabes. No has debido aceptar.

—Mi misión no es cazar a Brook y Andrews.

—¿El cuarto de millón de dólares?

—Barbra Eythe.

John Hackman volvió a parpadear.

—Barbra está muerta...

—¿Se ha encontrado su cadáver?

—¡No, maldita sea; pero la chica está muerta! Brook y Andrews ya recibieron el dinero. ¿Iban a arriesgarse continuando con la muchacha? ¡Por supuesto que no!

—¿Dónde está, John?

El hombre del FBI resopló con fuerza.

—Oye, William... Tú conoces los procedimientos de esos individuos. Lo mismo pueden haber arrojado el cadáver a la bahía como a un triturador de basuras. Cuando les tengamos en nuestro poder les haremos cantar.

—¿Qué me dices de la llamada a Walter Eythe indicando el bosque próximo a Farrsville?

—Una sucia jugada de esos hijos de perra —respondió Hackman contundente—. Una falsa pista para que acudiéramos hacia esa zona mientras Broock y Andrews se largaban posiblemente en dirección a Sacramento.

—El FBI no tenía ninguna pista, John. ¿Por qué molestarse en proporcionar una falsa? Lo llevaban todo a la perfección. Efectivamente pasaron por la autopista. El empleado de una gasolinera los identificó.

—Esos individuos son satánicos. Monstruos de maldad. Tal vez quisieron burlarse de Eythe dándole una falsa esperanza. Lo único

cierto es que no pasaron por Farrsville ni dejaron a Barbra Eythe en ese bosque.

—¿Es muy grande?

—Sí, pero lo hemos rastreado palmo a palmo. Durante días. Es un bosque que circunda la mansión de Rudolf Symonds. ¿Ha oído hablar de él? Symonds llegó a Farrsville cuando era un vulgar villorrio. Fue en 1969. Construyó la Symonds Chemical. Aquella fábrica de productos químicos dio trabajo a todo el pueblo, acentuó el número de habitantes, su nivel de vida... Consideran a Rudolf Symonds como un patriarca. Colaboró con nosotros proporcionando toda clase de ayuda para registrar su propiedad. Ni rastro de Barbra Eythe.

—¿Y de George Brook y Blake Andrews?

—Negativo también. No pasaron por Farrsville ni telefonearon desde allí. Casualmente existía avería en las líneas automáticas y...

—Conozco ese cuento.

—¡Cierto, maldita sea...! Todo cuanto te digo puedes leerlo en los periódicos.

—Quise cerciorarme de que no había nada más. Algo que no debe ser del dominio público. Algún dato que señale hacia Farrsville.

—Nada, William. Nada en absoluto.

—¿Qué me dices de esas marcas en los billetes de diez y veinte dólares?

—Te lo mencionó Eythe, ¿eh...? Trabajamos en ello. Nada por el momento. Es cuestión de suerte. He dado las órdenes oportunas. Walter Eythe se comportó como un estúpido. No debió actuar a espaldas de nosotros.

William Compton se incorporó.

Depositó el vacío vaso sobre la mesa.

—Gracias por todo, viejo.

—Decepcionado, ¿verdad? No hay ninguna pista en Farrsville, William. Debes dar palos de ciego por toda California. Al igual que nosotros; pero con la desventaja de actuar en solitario.

—Encuentro algo extraño, John... Esa llamada a Eythe, siendo falsa, la considero absurda. ¿Por qué hacer semejante cosa? ¿Simplemente por burlarse? No... Hay algo más. Es un punto que me intriga...

—¿Quieres un consejo, muchacho? Para conservar tu buena reputación como investigador privado olvida la misión encomendada por Walter Eythe. Fracasaría estrepitosamente. ¿Por qué no te tomas unas vacaciones? Las necesitas. Unos días de descanso en Lake Scott te harían bien.

Compton abrió la puerta del despacho.

Giró con enigmática sonrisa.

—Eso voy a hacer, viejo. Un par de días de vacaciones; aunque prefiero disfrutarlos en la próspera localidad de Farrsville.

CAPÍTULO IV

El auto conducido por William Compton era un aerodinámico «AMX» de la American Motors. Cupé de dos asientos y dos puertas. Transmisión manual de cuatro velocidades y automática como equipo optativo. Capó con tomas de aire simuladas.

Un buen auto.

Y confortable.

Asientos de cubo con ancho respaldo, futurista tablero de instrumentos y práctico salpicadero. El vehículo estaba dotado de autorradio y de teléfono portafono controlado por la operadora central de San Francisco.

El «AMX» se detuvo suavemente junto al cartel indicador.

«Prohibido el paso. Propiedad privada»

William Compton encendió un emboquillado. No se molestó en descender del auto. Sus grises ojos contemplaron con indiferencia el cartel. Prestaron más atención a la valla que impedía el paso al frondoso bosque. Se adivinaba de reciente construcción. Incluso se percibía el olor a pintura fresca.

Con el cigarrillo a medio consumir reanudó la marcha. Corto era ya el trayecto que le separaba de Farrsville.

Divisó las primeras casas.

Farrsville, en aquellas primeras horas del atardecer, era como cualquier otra ciudad pequeña californiana.

Reducido tráfico rodado y considerable número de peatones deambulando ya concluida la jornada laboral.

Compton, en su recorrido hacia el centro de la urbe, contabilizó un par de cinematógrafos, varios *snacks*, una *discothèque*, el casino, un teatro oficial, hoteles...

Sí.

Se veía una ciudad próspera.

Rains Garden era el centro de la ciudad. Una circular plaza ajardinada. Allí se alzaban los edificios oficiales y los más representativos de Farrsville.

Estacionó el auto en el *parking* reservado al Catbird Hotel.

William Compton descendió portando en su diestra una pequeña valija. A la puerta del hotel uno de los empleados se hizo cargo del reducido equipaje.

Pasaron a recepción.

El conserje resultó ser un atildado individuo de relamida e hipócrita sonrisa.

—Buenas tardes, señor... ¿Una habitación?

—Ahá.

Le fue ofrecido el libro de registro para la firma.

—¿Piensa permanecer muchos días, señor... Compton? —
inquirió el recepcionista consultando el libro.

—Dos o tres días a lo sumo.

—Bien... Habitación 407. Le deseo una feliz estancia en Farrsville, señor.

William Compton siguió al botones que le condujo hasta uno de los elevadores. Planta cuarta. Alfombrado corredor. Puertas a ambos lados.

Despidió al empleado con un dólar.

La habitación era confortable e incluso lujosa para una localidad como Farrsville. Contaba con antesala, dormitorio con baño completo, televisor y mueble bar.

El Catbird Hotel, según los distintivos insertos en recepción, disponía de restaurante, grill, peluquería, *night-club* y amplios salones. Un total de 108 habitaciones distribuidas en nueve plantas.

Sí.

Demasiado lujo para Farrsville.

William Compton procedió a desempacar su reducido equipaje. Cuatro juegos de ropa interior, un par de camisas, calcetines, objetos de aseo... y una

«Smith & Wesson»

como repuesto al revólver del treinta y ocho que portaba en la funda sobaquera.

Consultó la esfera de su reloj de pulsera.

Disponía de algún tiempo antes de cenar. Lo dedicaría a recorrer las calles de la ciudad.

Abandonó la habitación.

Justo en el momento en que de la habitación contigua le llegaron airadas voces. Masculina y femenina. Parecían discutir.

La puerta correspondiente a la habitación 405 se abrió bruscamente. La muchacha que salió con precipitado caminar casi tropezó con William Compton. Tras ella un hombre que la doblaba en edad. Un individuo de retaca figura y semicalvo.

—¡Kitty...!

El individuo, apenas pronunciar el nombre de la joven, enmudeció enrojando por la presencia del detective. Después de unos segundos de indecisión bajo el umbral giró cerrando con violencia la puerta.

La muchacha, al igual que William Compton, había llegado al elevador pulsando el botón de llamada.

Compton la contempló risueño.

Era atractiva. De unos veinticinco años de edad. Sus bellas facciones bañadas por leve rubor. Lucía un modelo *pret a porter* que resaltaba las curvas de su bien formado cuerpo. La agitada respiración repercutía en sus firmes senos.

—¿Un cigarrillo, Kitty?

La joven dirigió a Compton una desconfiada mirada. Al descubrir su jovial expresión terminó también por sonreír aceptando el emboquillado.

El ascensor llegó a la cuarta planta.

Se introdujeron en la cabina.

William Compton aplicó la llama del encendedor para que los gordezuelos labios de la muchacha succionaran nerviosamente.

—Gracias —murmuró exhalando una bocanada.

—Mi nombre es William Compton.

—Yo ya he sido presentada a voces.

—Tranquila, Kitty. Esas desavenencias son frecuentes en el matrimonio.

La joven agrandó los ojos.

—¿Yo casada con ese baboso?

—¿No...? Salías de su habitación... —dijo Compton con la más candorosa de sus sonrisas.

Abandonaron el elevador.

—Ese hombre es Dean Bendix. Un ejecutivo de la Picons Steel de San Francisco. Yo soy una perforista. He acompañado al señor Bendix a una reunión de negocios en Los Ángeles. Y ahora, ya de regreso, ha simulado una indisposición para pernoctar aquí. Cena fría y champaña en su habitación.

—Una buena velada.

—No me gusta cenar con un pulpo. Prefiero tomar un vulgar *sandwich* a solas. Buenas tardes.

Kitty se alejó con innato y sensual ondular de caderas. No fue hacia el *snack* del hotel, sino que encaminó sus pasos hacia la salida.

William Compton, después de dejar su llave en recepción, aún dio alcance a la muchacha.

—Podemos tomar ese *sandwich* juntos, Kitty —anticipándose a una posible negativa, añadió—: Yo soy un pulpo de confianza.

Kitty rió en desenfadada carcajada.

—Acepto, William. ¿Eres de aquí?

—¿De Farrsville? Oh, no... Estoy de paso... Acabo de llegar.

—También yo. Farrsville no guardará buenos recuerdos para mí. Apuesto a que perderé el empleo. Dean Bendix es un mal bicho. Rencoroso. Siempre con sucios trucos. Ya me advirtieron otras compañeras de sus... «indisposiciones» en ruta que siempre terminan en un motel o en cualquier localidad del camino.

—¿Tus compañeras también fueron despedidas?

—No. Tienen más estómago que yo.

Habían cruzado el jardín que se alzaba en la circular plaza.

Divisaron un *snack*.

William Compton rodeó los hombros femeninos.

—Vamos a levantar esos ánimos con un trago, ¿de acuerdo?

Penetraron en el local.

Bastante concurrido. Al menos en el largo mostrador no se veía un solo taburete desocupado.

Se acomodaron en una de las mesas.

El detective, al igual que Kitty, solicitó un *gin-tonic*. De allí se trasladaron al restaurante. La cena fue algo más que un vulgar *sandwich*.

Retornaron al hotel.

—William...

—¿Sí?

—El señor Bendix posiblemente esté esperando por la sala de recepción. No quiero que me vea entrar acompañada. Lo comprendes, ¿verdad?

—Seguro, Kitty.

—Me encerraré en mi habitación.

—La mía es la número 407. Si necesitas algo...

Se miraron a los ojos.

Una prometedora sonrisa asomó en los carnosos labios de Kitty.

—Tal vez necesite cigarrillos, William... Creo que terminé los míos.

La noche ya era dueña de Farrsville. La oscuridad se combatía con el alumbrado normal y el de los luminosos de neón. El tráfico continuaba siendo escaso.

William Compton se aproximó al *parking*.

—¿Sólo?

La voz surgió de entre las sombras.

A espaldas de Compton.

Su propietaria era una mujer. De largo y rubio cabello que destacaba poderosamente en la oscuridad. Edad aproximada a los treinta años. Lucía un elegante vestido de punto con escote de forma sujetador, anudado bajo la nuca y enlazado a la espalda. Un modelo original y de tremendo impacto. Audaz. La tela se ceñía como una segunda piel a las opulentas curvas femeninas.

Compton parpadeó.

Asombrado.

Y no precisamente por su buena estrella; aunque sí reconocía estar de suerte. Apenas dejar a Kitty surgía aquella otra belleza.

—Sí, nena. Solo y aburrido.

—Eso tiene fácil solución.

—¿De veras?

La mujer se aproximó permitiendo que uno de los focos de Rains Gardlen la iluminara de lleno.

William Compton palideció.

Instintivamente.

El estupor se acentuó obligando a un nuevo y repetido parpadeo. Sintió como un escalofrío recorría su espalda estremeciéndola de

pies a cabeza.

Aquella mujer...

Era como una aparición del Más Allá.

Una reencarnación.

Como si la infortunada Marilyn Monroe se hubiera levantado de la tumba.

La voz de la mujer poseía una extraña modulación. Imposible de catalogar. Sensual y fría a la vez.

—¿Me tienes miedo?

William Compton seguía contemplando las facciones femeninas.

El rubio pelo, las cejas curvadas, ojos almendrados, la boca grande de gruesos labios rojos...

—No es precisamente eso... Me parece estar frente a la mismísima Marilyn Monroe.

La mujer rió divertida.

—Ah..., es eso. Tengo una ligera semejanza. Creí que ya nadie se sorprendía. El mito de Marilyn sigue actual. Le salen miles de imitadoras. Máxime en California.

—Lo tuyo es diferente —murmuró Compton aún impresionado—. No es imitación en poses o ademanes. Tu rostro es..., es una perfecta copia del de Marilyn Monroe.

—Marilyn murió hace ya muchos años. No puedes recordarla.

—Eres igual... Conservo el *Life*, donde Marilyn hizo sus últimas declaraciones antes del fatídico 6 de abril de 1962. También están allí sus últimas fotografías. Tu rostro es de un parecido asombroso...

—¿Por qué no hablamos de otra cosa? No es galante decir a una dama que se parece a otra; aunque ésta sea la inolvidable Marilyn Monroe. Eres forastero. Yo puedo servirte de guía en Farrsville. Conozco sitios que ni siquiera llegarías a imaginar en San Francisco o Los Ángeles.

—¿Aquí? ¿En Farrsville?

—Vamos a tu «Mercury» y te convencerás.

—Mi auto es éste —sonrió Compton señalando el «AMX».

La mujer pareció algo perpleja.

Reaccionó con una sonrisa.

—Creí que era aquel «Cougar»...

—¿Decepcionada?

—En absoluto. Mi nombre es Sylvia.

—Puedes llamarme William.

Compton se acomodó frente al volante del «AMX» abriendo la otra portezuela permitiendo que la mujer tomara asiento.

El auto inició la marcha.

—La primera bocacalle, William. Luego sigue recto.

—¿A qué te dedicas? ¿Eres la «public relations» de Farrsville?

—Algo de eso. Vamos a un lugar de diversión, William. Allí encontrarás de todo. Absolutamente de todo. Es un club para minorías selectas. Por supuesto no cuenta con el visto bueno de las autoridades locales; pero tú eres un hombre discreto, ¿no es cierto?

Compton asintió con un leve movimiento de cabeza.

Encontraba todo aquello absurdo.

Un club para minorías al que se invitaba al primer transeúnte. En cuanto a Sylvia, y pese a su elegante vestido de noche, bien podía ser una *call-girl* que reclutara clientes para el misterioso club...

—Ahora a la derecha, William... Al final de la calle... La casa de cuatro plantas. Procura estacionar un poco antes.

La casa mencionada por la mujer se alzaba al final de la calle. Lindando con un edificio en ruinas.

Compton detuvo el auto a unas doscientas yardas. Junto a otros allí estacionados.

Descendieron del vehículo.

Sylvia se cogió del brazo derecho del detective.

Caminaron hacia la casa. Ningún signo externo la clasificaba como establecimiento público. Parecía una vivienda más. Una casa vulgar cuya gris fachada la hacía aún más insignificante.

La mujer apretó con más fuerza el brazo de Compton.

—No te arrepentirás, William... Un verdadero paraíso se va a abrir ante tus ojos.

William Compton percibió el turbador contacto del busto presionando sobre su brazo. Del cuerpo de Sylvia emanaba un cálido perfume.

Todo aquello no pareció afectar al detective.

Su atención se centraba en la casa de gris fachada.

Penetraron en el edificio. Junto a la escalera que conducía a las

plantas superiores se veía una puerta.

Sylvia pulsó el timbre existente.

Tres cortas llamadas, breve pausa y tres nuevas pulsaciones.

La puerta se abrió automáticamente, permitiendo ver la escalera que parecía llevar a los sótanos del edificio.

Sylvia tendió su diestra al detective.

Sonriendo enigmática.

William Compton, mientras descendía la escalera, tuvo un presentimiento. Aquello no parecía ser el paraíso; sino una de las antesalas del infierno.

Y estaba en lo cierto.

CAPÍTULO V

Al final de la escalera un largo corredor iluminado por dos filas de pilotos rojizos.

Al pisar la plancha situada al fondo del pasillo se alzó lentamente una puerta guillotina que daba paso a una amplia sala.

William Compton no pudo ocultar una mueca de asombro.

Se encontraba ante una sala de juego que nada envidiaba a la mejor dotada de Las Vegas. Mesas de ruleta, dados, kino, *black-jack*, chemin de fer, póquer, bingo... Hombres y mujeres, en un número próximo a los cuarenta, se apiñaban sobre las distintas mesas atentos a la voz de los *croupiers*.

Se acercó un individuo que ceremoniosamente besó la mano de Sylvia.

—Es un placer verte de nuevo, Sylvia.

—Gracias, Curtis, Vengo con un amigo. ¿Eres aficionado al juego, querido?

Compton, ya repuesto de la sorpresa, sonrió.

—No mucho.

—Hay otras diversiones más... excitantes. Curtis es una especie de

«pit-boss»

[2]. Controla la sala de juego, pero esto es sólo el principio. Nuestro club se denomina Laberinto. Puedes visitarlo, William. Nadie te impedirá el paso ni formulará pregunta alguna. Disfruta de todo cuanto gustes. Yo te esperaré aquí.

—¿No me acompañas?

—Algunas salas son exclusivamente para hombres, William. Y debes recorrer todo el club. Te resultará muy interesante.

Compton sonrió.

Dispuesto a seguir aquel juego. Conocía muchos centros

clandestinos de San Francisco. El que Farrsville contara con uno de ellos resultaba sorprendente. Y también aquella aureola de misterio.

El tal Curtis, enfundado en elegante *smoking*, le guió hasta una puerta tapizada en rojo. La entreabrió.

—Espero se divierta... Le aseguro que no echará en falta a Sylvia.

—Aún desconozco la... tarifa. ¿Cuánto se paga por visitar el club?

El sarcasmo de William Compton pareció no afectar al «pit-boss».

—Después se hablará de eso, señor.

—Okay.

Compton empujó la tapizada puerta. Al adentrarse en la estancia contigua vio cómo la puerta se cerraba automáticamente. Aislado por completo el ruido originario en la sala de juego.

Se encontraba en un salón débilmente iluminado. Una extraña música se dejaba oír. Los biombos se alineaban pegados a una de las paredes. Cada mesa de aquellos reservados complementada con sofá bajo.

Una mujer avanzó hacia Compton.

Joven.

—Muy bella.

Llevaba una larga túnica. Ligera. Era su única prenda...

—Sígueme...

La voz de la muchacha fue un tenue susurro.

Avanzaron paralelamente a los biombos. Los ocupantes de las distintas mesas eran tan sólo borrosas sombras. La reducida iluminación no permitía más.

William Compton percibió el olor.

Lo catalogó de inmediato.

Opio.

La muchacha se detuvo frente a uno de los reservados vacíos. Se arrodilló junto a la mesa indicando a Compton que tomara asiento en el comfortable sofá.

El detective no lo hizo.

Contempló con verdadero asombro todo cuanto se amontonaba sobre la pequeña mesa.

Una pipa de auténtico bambú repleta de opio, otra especial para

heroína y haschich; aguja hipodérmica junto a una dosis de morfina, cocaína en polvo, gran surtido de alucinógenos...

La joven tendió sus manos.

—Ven..., ven...

—Otro día, hermana. Ya he cenado.

William Compton se alejó de allí.

Al fondo divisó la puerta que indicaba el paso a la siguiente sala. Un círculo luminoso, en intermitencias rojo y amarillo, parpadeaba sin cesar.

Compton dedujo que todo aquel subsuelo correspondía al edificio en ruinas que vio a la entrada.

La puerta también se accionó automáticamente.

La nueva sala era reducida. Circular. Como un circo romano. Hombres y mujeres de ávido rostro eran bañados por una luz verdosa. Acomodados en una especie de anfiteatro.

Y en aquella pista un espectáculo que hizo palidecer a Compton.

El suelo del circular escenario era refulgente. Cambiante en sus tonalidades. Desde el más intenso bermejo a un fantasmal blanco.

Tres mujeres destacaban sobre la pista. Calzaban unas negras botas hasta la mitad del muslo. Dos de ellas manejaban flexibles látigos. La tercera un largo estilete.

Las tres mujeres rodeaban a una joven. Flagelándola despiadadamente. Descargando sus látigos, que trazaban surcos en el cuerpo de la muchacha. Aquello no era una farsa. Los gritos de la infortunada eran coreados por el demoníaco público que seguía la escena.

William Compton retrocedió.

Aturdido.

Incapaz de dar crédito a aquella satánica bacanal.

Dos hombres, fieles representantes del más bajo *goy power*, saltaron a la pista. Riendo en estridentes carcajadas. Se aproximaron a la torturada muchacha.

El público acentúa sus gritos.

Compton, presa de náuseas, gira sobre sus talones retornando a la sala anterior. Ya ha visto suficiente. Y está dispuesto a terminar con ello.

Llegó a la sala de juego.

Furioso.

No se consideraba un mojigato, pero aquel antro debía ser destruido junto con sus espeluznantes aberraciones.

Sylvia se le aproximó sonriente.

—¿Ya de regreso, William?

—Sólo he llegado hasta el circo romano —replicó Compton fríamente.

—¿El circo...? ¡Ah, comprendo! —rió la mujer divertida—. Excitante, ¿verdad? ¿Por qué no has continuado, William? Hay otras salas que...

—Ya es suficiente. Estabas en lo cierto, Sylvia. Esta basura no se encuentra fácilmente en San Francisco o Los Ángeles.

Sylvia arqueó las cejas, sorprendida por la reacción del detective. Iba a hablar, pero algo desvió su atención. Desde el otro extremo de la sala recibía insistentes señas de Curtis.

—Disculpa, William.

La mujer acudió al encuentro del *pit-boss*.

Compton encendió nerviosamente un cigarrillo. Se percató de que Sylvia y Curtis gesticulaban sin cesar de mirarle.

Sylvia retornó.

Su rostro había adquirido una marcada palidez.

—William... debes irte. Acaban de comunicarme que la policía llegará de un momento a otro. No quiero que te encuentren aquí. Éstos son mis amigos y debo permanecer con ellos.

—Pero...

—Obedece, William. Nos volveremos a ver.

Compton dudó.

Todo aquello resultaba muy extraño.

¿Si se sospechaba de una redada por qué no daban la voz de alerta?

Sylvia le empujó insistentemente hacia la puerta de salida.

William Compton ya no dudó más. Si era cierto, no le agradaba verse complicado con aquel infernal tugurio. Juego clandestino, consumo de drogas, depravación...

Sí.

Era preferible salir cuanto antes.

Subió la escalera a grandes zancadas. La puerta que comunicaba con el exterior se abrió automáticamente.

William Compton, una vez en la calle, respiró con fuerza.

Llenando sus pulmones de aire fresco.

Avanzó hacia su estacionado «AMX».

Parpadeó repetidamente, creyendo así despertar de aquella pesadilla. Lo de aquel edificio era, en efecto, como un demoníaco sueño.

Aunque la verdadera pesadilla empezaba ahora.

A menos de una yarda.

Junto al «AMX».

Los dos hombres que habían permanecido ocultos tras la carrocería surgieron situándose a ambos lados del vehículo. Portaban en su diestra pistola con silenciador.

¿Hombres... o monstruos?

No tenían rostro. Sólo una masa deforme. Purulenta. Carecían de boca. Unicamente un gran orificio que palpitaba en nauseabundos movimientos. Sus ojos eran tíos diminutas bolas brillantes en aquel repulsivo rostro.

No.

No podían ser hombres.

Monstruos.

Monstruos que en ese momento accionaban sus armas disparando sobre el aterrado William Compton.

El instinto de conservación fue superior al terror.

El detective se arrojó al suelo percibiendo el siniestro silbar de las balas a muy poca distancia. Antes de posarse sobre el asfalto, su mano derecha ya se había apoderado del revólver en la funda sobaquera.

Materialmente pegado al frío asfalto disparó.

Dos veces.

A matar.

Aquellos dos deformes seres se desplomaron con una bala en la cabeza.

William Compton gateó torpemente. Sintiendo que el corazón le golpeaba con fuerza en el pecho: No se avergonzaba en confesarlo.

El terror le había dominado.

Procuró calmarse.

Estaba junto a ellos.

Controlando sus náuseas se inclinó sobre los dos caídos procediendo a registrar sus ropas. Cajetillas de tabaco, fósforos, un

llavero, fotografías... Ningún documento...

Compton se incorporó para introducirse en su auto.

El motor rugió sobre el asfalto iniciando veloz carrera. En dirección a Rain Garden. Allí estaba la oficina del *sheriff*.

Debía dar cuenta de todo lo ocurrido.

Tenía que comunicar los acontecimientos de aquella noche de pesadilla.

CAPÍTULO VI

Robert Masterson, *sheriff* de Farrsville, era un individuo de angulosas facciones. De unos cuarenta años de edad. Pelo abundante. Manos de largos dedos y piel extremadamente blanquecina.

—¿Fue aquí, Compton?

—Sí...

Robert Masterson rió apoyando la pierna derecha sobre la rueda delantera de su auto. La luz roja giraba sobre la capota, aunque el ulular de la sirena había sido desconectado.

Jason Chaney, ayudante del *sheriff*, también sonrió.

—¿Y bien, Compton? ¿Dónde están los... monstruos?

William Compton sintió un vacío en el estómago.

Retrocedió unos pasos para abarcar con su mirada parte de la calzada. Ladeó la cabeza fijando sus ojos en el edificio en ruinas y en la casa de gris fachada.

Sí.

No había duda.

Aquél era el lugar.

Sólo que... los dos enormes seres habían desaparecido. Ni rastro de ellos. Ni la menor huella sobre el asfalto.

La sonrisa se borró del rostro de Robert Masterson.

—Oiga, Compton... Dijo ser investigador privado, ¿verdad? No debería gastar este tipo de bromas. Y menos a nosotros. Somos casi colegas.

—¡Maldita sea, *sheriff*!. ¡Disparé sobre ellos! Quedaron aquí. — Compton señaló un punto de la calle—. Faltan las balas de mi revólver.

—Eso nada significa. Puede vaciar tranquilamente el cargador sin dañar a nadie. Sólo con apuntar al cielo. —¿Insinúa que miento? ¿Por qué iba a hacerlo?

El *sheriff* se encogió de hombros despreocupadamente.

—Denunció haber disparado sobre dos hombres de mutilado rostro. Sobre dos monstruos. Le hemos hecho caso y aquí estamos. No hay cadáveres, ¿verdad? Pues asunto concluido. No fue prudente beber tanto durante la cena, Compton. Ocurre con frecuencia. El resultado son pesadillas que parecen muy reales. ¿Le llevamos al hotel o prefiere caminar?

—¡No fue una pesadilla, *sheriff*! ¡Le juro que...!

—*Okay*. Nos vamos, Jason. Buenas noches, amigo.

William Compton se precipitó sobre el representante de la ley. Extendió su brazo derecho señalando hacia la casa de gris fachada.

—¿Tampoco piensa ir allí, maldita sea? ¡Aquello es un antro de perversión! Me hicieron salir anunciando una falsa redada... conscientes de que esos dos hombres me esperaban junto al auto... que acabarían conmigo...

—Oh, cierto... Disculpe. Había olvidado su otra denuncia. Juego, drogas en bandeja y desenfrenadas orgías dirigidas por el Marqués de Sade. ¿Echamos un vistazo, Jason?

Jason Chaney, un individuo de aspecto insignificante, coreó la risa de su superior.

—Seguro, *sheriff*. No estaría mal un cubil de esas características en Farsville. Las noches ya resultan un poco aburridas.

Caminaron hacia la casa de cuatro plantas.

Encabezados por William Compton.

Penetraron en el edificio.

William Compton quedó inmóvil. Como paralizado. A unas tres yardas de la escalera que conducía a los pisos superiores. Junto a ella debía estar la puerta que llevaba a los sótanos.

Pero aquella puerta ya no existía.

Había desaparecido.

Sólo se veía una pared en consonancia con las restantes. Empapelada en un tono oscuro y de triste dibujo.

Compton balbució:

—No..., no es posible...

—¿Qué infiernos ocurre ahora, Compton? —interrogó el representante de la ley—. ¿No subimos?

—Era en los sótanos...

—¿Los sótanos?

—Una puerta conducía a ellos, *sheriff*... ¡Estaba ahí!

Robert Masterson sacudió la cabeza.

—Oiga, amigo... ¿Quiere hacernos creer que también ha desaparecido la puerta?

William Compton estaba tanteando la pared. Giró para arrebatar bruscamente la linterna que pendía del cinturón de Jason Chaney.

Enfocó la pared.

Palmo a palmo.

Sin descubrir nada anormal.

—Eso no me ha gustado, Compton... Devuelva la linterna a mi ayudante —silabeó Masterson—. Si nuevamente insiste en su absurda historia le haré encerrar por alterar el orden.

—¡Maldita sea, *sheriff*! Le juro que...

El movimiento de Robert Masterson fue rápido.

Proyectó su pierna derecha propinando un salvaje puntapié al vientre de Compton. Acto seguido le arrebató la linterna descargándola tras su nuca. Secamente.

William Compton cayó de rodillas.

—¿Puede oírme, Compton? No me agradan sus gritos. Esto no es San Francisco. Si allí están acostumbrados a sus locuras le aconsejo que regrese cuanto antes. ¿Lo ha comprendido?

Robert Masterson hizo una seña a su ayudante.

Los dos hombres abandonaron la casa.

Compton quedó unos instantes doblado. Respirando con dificultad. Se incorporó. Con esfuerzo.

Lentamente llevó el cigarrillo a sus labios.

Permaneció allí unos minutos.

Con la mirada fija en la pared.

Se encaminó hacia la salida. Había dejado el auto en Rains Garden. Frente a la oficina del *sheriff*. El paseo nocturno hasta el hotel despejaría su ofuscada mente.

Se encontraba cansado.

La noche había sido pródiga en emociones.

La misteriosa Sylvia y su sorprendente parecido a Marilyn Monroe, aquel demoníaco antro de perversión, los dos deformes individuos que le atacaron...

Sí.

Demasiadas emociones en una sola noche.

Incluso para un hombre como William Compton.

CAPÍTULO VII

William Compton desconectó la máquina de afeitar.

La imagen reflejada en el espejo era la de un hombre seguro de sí mismo. Contra todo pronóstico había conseguido dormir algunas horas. Esto, unido a una estimulante ducha fría, le hacía ver las cosas con mayor claridad.

Lo acontecido ayer noche no había sido producto de su imaginación.

¿Quiénes eran aquellos deformes seres? ¿Qué se proponía la enigmática Sylvia al llevarle a aquel «club de diversión»? ¿Por qué intentaron matarle? ¿Cómo lograron camuflar la entrada a El Laberinto?

Demasiadas preguntas.

Preguntas para las que William Compton deseaba respuesta. Aunque tuviera que postergar la verdadera misión que le había llevado hasta Farrsville.

Pasó al dormitorio.

Sobre la mesa de noche estaba la funda sobaquera y el revólver del treinta y ocho. Se lo ajustó bajo la axila izquierda. Procedía a ponerse la chaqueta cuando sonaron unos golpes en la puerta de la habitación. Unas llamadas repetidas. Insistentes. Apremiantes...

Compton se dirigió a la reducida antesala.

Abrió la puerta.

Se encontró frente a Kitty. La joven mantenía los puños levantados a la altura de su cabeza. Interrumpiendo el ademán de golpear la puerta. Vestía traje chaqueta entallado, camisa granate y pañuelo negro anudado al cuello. La palidez de su rostro comparable a la de la azucena. Los ojos desorbitados. Las facciones desencajadas...

—Kitty... ¿Qué te ocurre?

La muchacha entreabrió los labios. Éstos comenzaron a

balbucear trémulos. Incapaces de articular palabra alguna.

—¡Kitty...!

William Compton la sujetó a tiempo de impedir que se desplomara.

Había sufrido un desmayo.

La alzó en sus brazos cerrando la puerta de un taconazo. Acudió al sofá que adornaba la antesala depositándola con suavidad sobre el mueble.

Palmeó las pálidas mejillas.

—Kitty... Kitty...

La joven no reaccionaba.

William Compton la despojó del pañuelo que anudaba su cuello para acto seguido desabotonar su blusa hasta descubrir el negro sujetador calado.

El detective se introdujo en el dormitorio regresando a los pocos segundos con una toalla empapada en agua. Humedeció rostro y cuello de Kitty dejando la tela sobre su frente.

Del mueble bar existente seleccionó una botella de *brandy* llenando una copa.

Volvió junto a Kitty.

La muchacha parecía recobrase. Sus carnosos labios iniciaron un imperceptible movimiento. También sus párpados se esforzaron por actuar. Entreabrió los ojos. Muy débilmente.

—William...

La voz de Kitty fue un susurro apenas audible.

—Estoy aquí, pequeña. A tu lado.

—¡William! —La exclamación de Kitty fue ahora estridente. Súbita. Se incorporó de brusco movimiento, quedando sentada en el sofá. Aferrada al perplejo Compton. Atenazándole con sus brazos. Temblando convulsiva.

—Tranquilízate, Kitty... No temas nada. ¿Qué ha ocurrido? ¿Otra vez tu apasionado jefe?

William Compton percibió cómo el temblor se acentuaba en el cuerpo femenino. La abrazó con fuerza. Protectoramente. Permitiendo su histérico llanto. Transcurridos unos minutos de silencio, ofreció la copa de *brandy*.

—Bien, Kitty... ¿Más tranquila?

La muchacha asintió con un débil movimiento de cabeza. La

nívea palidez continuaba dominando sus mejillas.

—Termina el *brandy* —dijo Compton encendiendo un cigarrillo que, tras succionar un par de veces, depositó en los palpitantes labios de la joven—. ¿Qué ha ocurrido?

—La policía, William... Tengo que avisar a la policía...

—¿Por qué?

—Dean Bendix... mi jefe... está muerto... Le han asesinado...

—¿Cuándo? ¿Dónde está? —interrogó Compton sin que sus facciones se alteraran.

—En su habitación... Ayer quedamos en salir a las ocho. Al ver que se retrasaba acudí a su habitación. La puerta estaba entreabierta. Le llamé desde la antesala, pero no respondió. La puerta del dormitorio también estaba abierta. Al igual que la del baño. Y allí estaba, William... En la bañera... con la cabeza destrozada...

—Tal vez resbaló golpeándose con el borde del baño.

—Eso creí yo al principio y fui hasta el cuarto de aseo... Sus manos... ¡Oh, William! ¡Era horrible...! ¡Horrible!

Kitty se arrojó de nuevo en brazos del detective.

—¿Qué sucedía con sus manos? Responde, Kitty.

—No... no las tenía... Le habían amputado las manos, William..., cercenadas casi a la altura del codo...

El rostro de Compton sí reflejó ahora estupor.

Incredulidad.

—¿Lo has descubierto ahora mismo, Kitty? ¿Vienes de allí?

—Sí... Al ver aquello escapé horrorizada... Presa del pánico comencé a golpear tu puerta... sin pensar en más...

—Voy a echar un vistazo. Es la habitación contigua a la mía, ¿verdad?

—¡No me dejes sola, William...! ¡No vayas! ¡Avisemos a la policía!

William Compton hizo caso omiso a las palabras de la muchacha. A grandes zancadas abandonó la antesala pasando al corredor.

La habitación contigua, la 405, aparecía abierta.

La *suite* era igual a la suya. Reducida antesala, dormitorio y cuarto de baño. Hasta esta última estancia encaminó el detective sus decididos pasos.

Permaneció inmóvil junto al umbral.

Con la mirada fija en la bañera.

A su espalda sonó la temblorosa voz de Kitty:

—William... Salgamos de aquí..., avisemos a la policía...

Compton giró.

Kitty estaba junto a la puerta del dormitorio. Apoyada en el marco. Temblorosa.

—¿Por qué, Kitty? ¿Qué vamos a denunciar a la policía?

La joven parpadeó.

—La..., la muerte de Bendix... Es nuestra obligación.

—Por supuesto, Kitty; pero nadie te creería —dijo Compton esbozando una sonrisa—. No hay cadáver.

Kitty, al oír aquellas palabras, y dominando su miedo, se precipitó hacia el cuarto de baño.

Con estupefactos ojos contempló la bañera.

Vacía.

Inmaculada y brillante en su albino mármol.

—Yo le vi, William... ¡Estaba allí! ¡En la bañera! Amputadas las manos y la cabeza destrozada... ¡Debes creerme!

Compton sonrió acariciando el sedoso pelo femenino.

—Te creo, Kitty. No tienes que convencerme. En Farrsville es normal el que los cadáveres desaparezcan.

—¿Qué quieres decir?

—Es algo de difícil comprensión, pequeña. Yo mismo ignoro lo que ocurre, pero quiero averiguarlo. Te aconsejo que no digas una sola palabra de lo sucedido a nadie.

—Pero...

—No te creerían, Kitty. El *sheriff* de Farrsville es un tipo muy especial. Te complicará la vida. Ahora bajas a recepción y, con toda naturalidad, preguntas por tu jefe.

—No..., no podré hacerlo.

—Lo harás.

Compton rodeó animosamente los hombros de la muchacha.

Abandonaron la habitación.

Al pasar frente a la señalizada con el número 405, Kitty sufrió un nuevo y acentuado temblor.

—William... El equipaje de Bendix... Ya no estaba en la

habitación, ¿verdad?

Compton pulsó el llamador del elevador.

—No, Kitty. Ni tan siquiera su cepillo de dientes. Se lo han llevado todo.

—Cuando descubrí el cadáver había ropa sobre la cama, los zapatos en la alfombra, la repisa del baño con sus objetos de aseo y su pequeña maleta junto al armario.

—Pues todo eso también ha desaparecido, Kitty. En sólo cuestión de minutos. Los diez o quince minutos que has permanecido en mi habitación reanimándote. No es mucho tiempo para hacer desaparecer un cadáver con todas sus pertenencias y borrar cualquier delatora señal.

El ascensor les condujo a recepción.

Tras el mostrador estaba el individuo atildado. Sonrió iniciando ceremoniosa reverencia.

—Buenos días...

La voz de Kitty, aunque procuró evitarlo, sonó trémula:

—¿Me pasa comunicación con el señor Bendix, por favor? Habitación número 405.

El recepcionista parpadeó sorprendido.

—Creí que estaba al corriente, señorita Karlson... El señor Bendix dejó su habitación hace ya un par de horas. Ordenó que se le llamara a las seis de la mañana.

—No..., no es posible...

—Por supuesto abonó también su habitación, señorita —sonrió el individuo sospechando que era ese detalle lo que inquietaba a Kitty—. Yo mismo le entregué las facturas.

—¿Le vio salir del hotel? —preguntó Compton con fingida indiferencia.

El conserje arqueó las cejas.

—No comprendo su pregunta, señor...

—Quiero decir si, después de abonar las facturas, el señor Bendix subió a su habitación de nuevo.

—No, no, señor. El mismo bajó su equipaje. Desde aquí uno de los empleados se lo llevó al *parking*. Acto seguido el señor Bendix marchó en su «Cougar».

—¿Su «Cougar»?

—Pues... sí. Creo que era un «Mercury Cougar». ¿Ocurre algo?

—Nada de importancia —sonrió Compton tomando del brazo a la muchacha—. Gracias.

Pasaron al *snack* del hotel acomodándose en una de las apartadas mesas.

Kitty quiso rechazar todo tipo de desayuno; pero el detective casi la obligó a consumir un zumo de naranja.

—Dios mío, William... ¿Lo habré imaginado? Ese hombre asegura que Bendix marchó en su auto. Era, en efecto, un «Mercury» modelo «Cougar».

—Ese individuo miente, Kitty. En Farrsville ocurren cosas muy extrañas, pero es preferible denunciarlas lejos de aquí. Di en recepción que prolongas un día más tu estancia, aunque no será así. Sube a tu habitación y procura descansar. Dentro de unas... cuatro horas subiré a recogerte. Te llevaré hasta la autopista. Desde allí te resultará fácil tomar plaza en cualquier autobús con dirección a San Francisco.

—Aquí también hay servicio de autobús y ferrocarril.

El detective chasqueó la lengua.

—¿No lo comprendes, Kitty? Aquí parece existir una especie de complot generalizado. Ignoro la causa y quién está involucrado. Es preciso tomar precauciones. Una vez en San Francisco, acude al FBI y te presentas ante el inspector Hackman. Le informas de todo lo ocurrido.

—Tampoco me creerá, William...

—Hackman me conoce. Sabe que no me dejo llevar por la imaginación. Ahora sube a tu habitación. Yo debo solucionar algunos asuntos.

—Tengo miedo...

El detective se incorporó, palmeando la mejilla de Kitty.

—No debes abrir la puerta a nadie. Ni tan siquiera responder al teléfono. Di en recepción que no quieres ser molestada. Cuando vaya a buscarte, llamaré cinco veces a la puerta. ¿Entendido?

—Sí, William...

William le dedicó una última sonrisa antes de abandonar el hotel.

Lamentaba que, con todas estas precauciones, se acentuara el temor de Kitty Karlson; pero era mejor así.

William Compton olfateaba el peligro.

Su instinto parecía advertirle.

Y ahora le indicaba que Farrsville era un lugar muy poco recomendable para la salud.

Un lugar donde es fácil morir... y hacer desaparecer el cadáver...

CAPÍTULO VIII

William Compton no se sorprendió de la presencia del *sheriff*.

Robert Masterson deambulaba con aparente indiferencia por la calzada. Muy próximo al «AMX». Al descubrir la presencia del detective acudió sonriente.

—Buenos días, Compton. ¿Ya más despejado?

William Compton correspondió fríamente a la sonrisa del representante de la ley.

—En efecto, *sheriff*.

—Lo celebro, Compton, lo celebro... Quiero disculparme por mi comportamiento de ayer. Sus gritos me pusieron muy nervioso.

—Fue algo sin importancia. Estoy acostumbrado a los golpes.

—Gracias, amigo. Espero que vuelva, a visitamos. Feliz viaje.

—No me voy de Farrsville, *sheriff*.

El cordial gesto se borró del rostro de Robert Masterson.

—Creí que abandonaba hoy la ciudad.

—Ni tan siquiera he comenzado mi trabajo. Tal vez me lleve algunos días. O semanas.

—¿Qué trabajo?

—Ayer le presenté mi credencial, ¿recuerda?

—Detective privado.

—Ahá. Estoy en Farrsville investigando la desaparición de Barbra Eythe. El propio Walter Eythe contrató mis servicios.

El *sheriff* quedó unos instantes sin habla.

Sacudió la cabeza.

—No comprendo... Barbra Eythe fue secuestrada en San Francisco. Se pagó el rescate y...

—Y sus secuestradores, Blake Andrews y George Brook, comunicaron que encontraríamos aquí a Barbra.

Masterson forzó una carcajada.

—Fue una falsa pista. El FBI ya registró minuciosamente las

propiedades de Rudolf Symonds e investigó en Farrsville. Ni rastro de la muchacha y sus secuestradores.

—Yo no soy el FBI, *sheriff*.

—Se supone que Barbra Eythe está muerta. ¿Qué diablos busca? El detective sonrió.

Duramente.

—El cadáver de Barbra. Farrsville parece ser el lugar ideal para que los cadáveres desaparezcan en el aire.

—¿Mantiene su absurda historia de ayer?

—No soy visionario, *sheriff*. Ayer disparé sobre... dos hombres... A matar. Alguien se llevó los cadáveres. No le pido que investigue el suceso. Lo haré yo personalmente.

William Compton abrió la portezuela del auto; pero el representante de la ley le retuvo sujetando su brazo.

—No quiero disturbios en Farrsville, amigo. ¿Lo entiende? Si molesta a alguien con sus preguntas, se lo haré pagar caro.

—Lo he comprendido..., amigo. —Compton se soltó con brusquedad—. ¿Alguna otra advertencia?

—Sólo un buen consejo, Compton. Abandone Farrsville. No nos agradan los forasteros que prolongan su estancia más de un día.

—Sylvia era más cordial.

—¿Sylvia?

El detective, ya acomodado frente al volante, sonrió.

—La public relations de Farrsville. Una mujer muy llamativa. Sin duda la conocerá. Por su parecido con Marilyn Monroe no puede pasar desapercibida. Dijo habitar aquí.

Robert Masterson bizqueó.

—Está loco, amigo... Rematadamente loco...

—¿No conoce a Sylvia?

—¡No!

William Compton acentuó su irónica sonrisa, aunque sin añadir ninguna otra palabra.

La reacción de Masterson era hartamente elocuente.

El «AMX» inició la marcha realizando el obligado giro por Rains Garden, antes de enfilarse por una de las bocacalles.

La principal vía de Farrsville, la Winn Avenue, era precisamente la que conducía a la Symonds Chemical. La importante industria de productos químicos que se alzaba a menos de una milla del pueblo.

La idea de William Compton no era visitar la factoría; sino la mansión de Rudolf Symonds. En especial el bosque que circundaba la casa. El lugar donde George Brook y Blake Andrews indicaron haber abandonado a la joven Barbra.

A unas trescientas yardas de Farrsville nacía la primera bifurcación de la Winn Avenue.

Acceso directo a la mansión de Rudolf Symonds.

No le interesaba la Symonds Chemical.

Giró el volante del auto enfilando por la bifurcación. Camino de perfecto y uniforme asfalto. Ambos lados de la cuneta con profusión de postes de luz; aunque ahora no eran necesarios. El sol californiano en aquella zona, tal vez influenciado por su proximidad con el legendario Valle de la Muerte, dejaba sentir toda su virulencia.

El asfaltado sendero se fue paulatinamente plagando de árboles. El amplio bosque que rodeaba la mansión de Symonds. Por aquel camino, en contraposición al paso existente en la comarcal de Farrsville a la autopista, no se veía prohibición alguna.

William Compton divisó parte de la casa.

La que sobresalía de la alta muralla. La enrejada puerta de entrada aparecía cerrada.

El detective detuvo el auto a la vez que hacía sonar el claxon.

Su espera fue corta.

A los pocos segundos apareció la rapada cabeza de un individuo. No hizo ademán de abrir la reja.

—¿Qué quiere?

William Compton se asomó parcialmente por la ventanilla.

—Mi nombre es William Compton, investigador privado de San Francisco. Deseo hablar con el señor Symonds.

Cabeza Rapada denegó con un movimiento de cabeza.

—El general Symonds no recibe en su domicilio particular. Y menos sin haber autorizado previa entrevista. Solicite día y hora en la Symonds Chemical. Allí le indicarán los trámites que...

Un súbito zumbido, como el de un timbre afónico, interrumpió al individuo.

El hombre desapareció de la vista de Compton. Al retornar a los pocos segundos, procedió a abrir la pesada puerta de hierro.

—El general Symonds le recibirá... Puede estacionar el auto

frente a la casa.

La inquisitiva mirada de Compton había descubierto un pequeño piloto en la muralla.

Un «ojo mágico».

Alguien, tal vez el propio Rudolf Symonds, le había estado observando y siguiendo su conversación con Cabeza Rapada.

El «AMX» penetró en el recinto.

William Compton esbozó una sonrisa al ver la garita existente. Divisó el teléfono. De allí partió el sonido dando contraorden al guardián.

El ancho sendero que conducía a la casa también estaba asfaltado. Serpenteando por los bien cuidados setos del jardín. A la izquierda quedaba la pista de tenis y el invernadero.

Compton frenó ante la casa.

Un descomunal caserón con dos torretas. Demasiado grande para simple vivienda. De dos plantas. Sólida construcción. Ventanas enrejadas.

El detective descendió del vehículo.

Quedó unos instantes indeciso. Frente al amplio porche de entrada. Esperando que alguien acudiera a recibirle.

Fue entonces cuando descubrió a la muchacha.

Estaba en el césped de la sinuosa piscina. Sobre una tumbona. De bruces. Su escultural cuerpo recibiendo las caricias del sol. Lucía un minitanga. El *slip* con anillas a ambos lados. La pieza superior, había sido desatada para recibir un uniforme bronceado.

La muchacha se percató de que era observada.

Se incorporó levemente, quedando apoyada sobre sus codos. Desafiante a la mirada de Compton, mientras se sujetaba la pieza superior del tanga.

—Señor Compton...

El detective, entusiasmado por la belleza de la chica, no vio al individuo surgido bajo el porche.

Giró.

—Disculpe. Estaba... distraído.

—Sígame. El general Symonds le espera.

William Compton contempló por primera vez al individuo.

Y no pudo evitar una mueca de incredulidad, de asombro... e incluso de miedo...

Aquel individuo vestía el clásico uniforme de mayordomo.

Su rostro...

Su rostro era un perfecto duplicado al de Adolf Hitler.

Estar frente a él era como contemplar al fundador del III Reich.

El cabello de Rudolf Symonds, aunque abundante, había blanqueado en sus sienes. Rostro entrelazado por ensortijadas arrugas. Facciones apacibles. Características de un hombre tranquilo y no violento. Manos sarmentosas pero firmes. Frisaba en los sesenta años de edad.

Depositó la botella de «Courvoisier» en el mueble-bar de su elegante despacho.

Tendió una de las copas de *brandy* a Compton.

Sonriente.

—Le ayudará a recuperarse, Compton.

William Compton, acomodado en uno de los negros sillones, correspondió a la sonrisa.

—Lo dudo, señor Seymonds... La impresión fue demasiado fuerte. Su..., su... mayordomo...

—Peter Walston.

—Bien... El tal Walston hubiera podido suplantar fácilmente a Adolf Hitler. Al verle de súbito bajo el porche, fue como enfrentarse al Führer. Algo impresionante.

—¿Con uniforme de mayordomo?

—Fue eso lo que me impresionó aún más. Es como una burla del destino. El Führer de los nazis reencarnado en un vulgar mayordomo.

Rudolf Symonds se sentó tras la severa mesa escritorio. Semiocultó con ambas manos su copa de *brandy*.

—El bueno de Walston no es la reencarnación de nadie. Hace algunos años, en Los Ángeles, le contrataron para un filme sobre la vida de Hitler. Ciertamente, su parecido era asombroso. Sólo tuvo que dejarse el peculiar bigote para ser un perfecto sosias del Führer. La película fue un fracaso. Peter Walston no era actor y una simple semejanza con un personaje famoso no ayuda a triunfar. Deambuló por Hollywood. Acentuando aún más su parecido con Hitler, adoptando poses, gestos... Walston está a mi servicio desde hace tiempo. Es fiel y honrado. Lo demás no me importa.

—Es curioso...

—Se asegura que todo ser humano tiene su perfecto doble en algún otro lugar.

Compton saboreó el coñac.

Sonrió.

—Y todos parecen darse cita en Farrsville.

—¿Qué quiere decir?

—Ayer conocí a una extraña mujer. Muy atractiva.

La perfecta doble de Marilyn Monroe.

Symonds arqueó las pobladas cejas.

—¿Aquí? ¿En Farrsville?

—Sí... Dijo llamarse Sylvia y habitar aquí.

—Creía conocer a todos los habitantes de Farrsville. La mayoría trabajan en mi fábrica. Me intereso por ellos, sus familias, celebramos reuniones sociales..., pero no recuerdo a nadie con parecido a la infortunada Marilyn Monroe. Supongo que el placer de su visita no se deberá a estas extrañas y curiosas coincidencias. ¿No es cierto?

—Por supuesto, señor Symonds. Le he presentado mi credencial como investigador privado. Walter Eytke ha requerido mis servicios.

—Ah, sí... Un episodio muy triste. El Federal Bureau of Investigaron ya inspeccionó minuciosamente mis propiedades. Ni rastro de la infortunada Barbra. Si desea autorización para recorrer personalmente el bosque cuente con ella. He ordenado levantar una valla cortando el paso en la comarcal y mis perros deambulaban por aquella parte. Fue muy molesta la avalancha de periodistas en busca de noticias sensacionalistas, fotografiando el bosque, mi casa...

—Dudo que encuentre algo donde el FBI ha estado ya buscando.

—¿Entonces...?

—Sólo formularle algunas preguntas, señor Symonds. ¿El bosque está siempre custodiado por sus perros o por algún otro servicio de vigilancia?

—No. Las únicas medidas de seguridad se limitan a la casa. El bosque puede ser disfrutado por cualquier vecino de Farrsville. Cuando se olvide el triste caso de Barbra o aparezca ella, derribaré la cerca y los perros serán retirados.

—Los secuestradores de Barbra pudieron entrar con toda tranquilidad en el bosque, ¿no es cierto?

—En aquellas fechas, sí.

—¿Conoce el club El Laberinto, de Farrsville?

La pregunta sorprendió a Symonds.

—No...

—Su mayordomo y el guardián de la entrada le llamaron general. ¿Por qué?

—Soy militar retirado, Compton; aunque jamás llegué a alcanzar el grado de general. En Farrsville son muchos los que me llaman así. General Symonds. Me aprecian y creen así halagarme. Oiga, Compton... sus preguntas no parecen estar relacionadas con el caso Barbra Eythe.

El detective sonrió depositando la vacía copa sobre la mesa.

Se incorporó siendo imitado por Symonds.

—Certo, señor Symonds. Simple curiosidad. Ha sido muy amable en responder. Ya no le molesto más.

—No ha sido molestia, Compton.

Rudolf Symonds presionó un botón situado bajo uno de los bordes de la mesa escritorio.

A los pocos minutos apareció el mayordomo.

Aquel perfecto sosias de Adolf Hitler.

Y William Compton volvió a sentir un escalofrío. Tras despedirse de Symonds, siguió al sirviente que le acompañó hasta el porche.

El detective abrió la portezuela de su «AMX».

Cuando se disponía a acomodarse frente al volante le retuvo la fémia voz:

—¡Eh, por favor...!

Compton giró.

La muchacha de la piscina corría hacia él. Con su minúsculo tanga.

—¿Vas a Farrsville?

—Allá.

—¿Puedes llevarme? —solicitó la joven con cordial sonrisa—. Ningún auto del señor Symonds está ahora disponible y...

—Será un placer.

—Gracias. Sólo esperarás unos cinco minutos. El tiempo de ponerme algo por encima.

—¿No nos hemos visto antes?

La muchacha amplió la sonrisa.

—Es posible, aunque no personalmente. Soy Estelle Kane. La crema bronceadora «Sunbeam» lanzó un póster publicitario por todo Los Ángeles. Tuvo un gran éxito. Allí aparecía yo. Fue a primeros de año. Supongo que de ahí te resulto familiar.

—Sí, es posible...

—¡Ahora vuelvo!

La muchacha penetró veloz en la casa.

Cinco minutos.

Por una mujer así se podía llegar a esperar toda una eternidad.

William Compton, apoyado en su auto, encendió un cigarrillo.

Fueron tres los minutos de espera, pero no apareció Estelle.

El mayordomo dirigió a Compton una fría mirada.

—La señorita Kane le pide disculpas. Ha cambiado de idea.

—¿De veras? Es una pena...

—Buenos días, señor.

El mayordomo entró en la casa cerrando tras de sí.

William Compton arrojó el cigarrillo.

Al sentarse frente al volante e iniciar la marcha no pudo evitar una mueca de disgusto.

Sí.

Había sido una verdadera pena.

CAPÍTULO IX

Samuel Curtis paseaba nerviosamente por la estancia.

Ante la indiferente mirada de Symonds.

—¿Por qué te preocupas, Sam? Ese detective no sabe absolutamente nada de lo nuestro. ¿Acaso no has oído la conversación?

Curtis se detuvo apoyando las manos sobre la mesa escritorio.

—¡Llegó hasta aquí, Rudolf!

—Lógico. Interesado en el caso Barbra Eythe. Debía hablar conmigo. Está dando palos de ciego.

—¡Al diablo con Barbra! De ella no se sabrá nada jamás. Me refiero a David Streiner, Harry Keith, el Laberinto y también a la muerte de Dean Bendix. Compton está al corriente de todo ello. ¡Hay que eliminarle de inmediato!

Rudolf Symonds se reclinó en el sillón giratorio.

Entrelazó sus sarmentosas manos.

—Sí... Fue todo un cúmulo de errores.

—La única culpable es Sylvia. Fue ella la que se equivocó. Debíó llevar a Dean Bendix al Laberinto... ¡y se presenta con ese maldito detective!

—Sylvia no es del todo culpable. Esperó en el *parking*, a la hora convenida, la llegada de Bendix. Junto a su «Cougar». En el hotel se le había prometido a Bendix una excitante velada. En principio aceptó, pero más tarde se decidió por su linda secretaria sin sospechar que ésta le iba a rechazar una y otra vez. El que apareció casualmente por el *parking* fue William Compton. Y Sylvia creyó que era el hombre que esperaba.

—¡Debíó sospechar algo al subir al «AMX»!

—Imaginó haber oído mal. Un «AMX», un «Cougar»..., eso carecía de importancia. Allí estaba el hombre y le llevó al Laberinto. Cuando Gene, tras el mostrador de recepción del Catbird

Hotel, recibió llamada de Dean Bendix ordenando que le despertaran a las ocho; se percató del error cometido por Sylvia y se comunicó contigo.

—Ya era demasiado tarde —masculló Curtis reanudando su nervioso deambular por el despacho—. Compton ya había visto parte del Laberinto. Me tranquilizó el saber que David Streiner y Harry Keith le esperaban a la salida.

Symonds rió gutural.

—El tal Compton nos sorprendió a todos, Sam. Jamás hubiera imaginado que acabaría con David y Harry.

—Tampoco yo. No podía dar crédito a la llamada de Masterson. David y Harry, muertos... Abandoné precipitadamente El Laberinto para hacer desaparecer los cadáveres y bajar la falsa pared de entrada al club.

La risa de Rudolph Symonds se tornó en sonora carcajada.

—Y para ultimar aquella lamentable noche de errores, envió a Arnold al hotel para que termine de una vez con ese maldito Compton. ¿Qué ocurre? Arnold se introduce en la habitación de Dean Bendix y acaba con él creyendo estar eliminando al detective.

—Sí, infiernos... y la tal Kitty Karlson descubre el cadáver y se comunica con Compton.

—Merced al sistema de televisión en circuito instalado por todo el hotel nos dio tiempo a retirar el cadáver de Bendix.

—¿Y qué? Eso ya no engañó a William Compton. Máxime después de la desaparición de David y Harry. Dio crédito a las palabras de la muchacha, Rudolf. Es peligroso. Tenemos que acabar con él. Ahora, cuando sepa la... desaparición de Kitty, entrará en acción.

—¿Cómo, Sam? ¿Qué puede hacer contra nosotros?

¿Crees acaso que sospecha algo?

—Sylvia Walston..., sus extraños parecidos con... Puede atar cabos...

—¿Eso crees? No seas absurdo, Sam. Nadie, ni la mente más calenturienta, puede imaginar nuestro secreto. Llevamos años practicándolo, sin el menor fallo. Lo de Compton se solucionará, pero debe ser eliminado lejos de Farrsville.

—¿Por qué?

—Según su conversación con Kitty Karlson, tiene relaciones con

el FBI. Saben que está aquí. Enviado por Walter Eythe. En Farrsville. Otra «desaparición» sí resultaría sospechosa. Compton debe morir fuera de Farrsville. Ajeno por completo a nosotros. Fue una suerte que Arnold fallara. Con Compton simularemos un accidente.

—¿Quién has enviado contra Kitty Karlson?

—Ralph Youngson.

Curtis sonrió.

—Sí... El sargento Youngson es un buen elemento.

La puerta del despacho se abrió dando paso a Sylvia y al mayordomo Walston.

Verlos juntos era algo escalofriante. Irreal. Como una aparición fantasmal. Dos personajes procedentes del Más Allá.

—He llevado a Estelle al... laboratorio —dijo Sylvia dejándose caer en uno de los sillones—. Su placentera vida ha terminado.

Rudolf Symonds ahogó un suspiro.

—Me resultaba simpática...

—¿Qué hay de Compton?

—Tranquila, Sylvia. He dado las órdenes oportunas. Cuando conozca la desaparición de Kitty Karlson, intentará comunicarse con San Francisco denunciando tan extraños sucesos. Al no conseguirlo se verá obligado a marchar de Farrsville. En la autopista, gasolinera, *snack* e incluso en la entrada a San Francisco le esperan nuestros muchachos. La muerte de William Compton será un lamentable accidente de tráfico.

—Su auto tenía teléfono —dijo Peter Walston—. Lo vi cuando esperaba a Estelle con la portezuela abierta...

Rudolf Symonds, con agilidad impropia de su edad, se incorporó de un salto.

Lívido.

Se precipitó sobre la mesa apoderándose del teléfono allí depositado.

Debía dar nuevas y contundentes órdenes con respecto a William Compton.

Kitty se sobresaltó al oír la primera llamada. A ésta sucedieron cuatro golpes más sobre la puerta.

Aquello tranquilizó a la joven.

Era la señal convenida con Compton.

Acudió a la antesala abriendo ya sin ningún temor la puerta de entrada. Complacida de que Compton hubiera adelantado considerablemente la cita. Hacía tan sólo una hora que habían estado en el *snack*.

La sonrisa de Kitty se transformó en mueca de terror.

Quiso cerrar de nuevo la puerta, pero ya era demasiado tarde.

El individuo había introducido su brazo derecho impidiendo que la hoja de madera se cerrara. Aquel brazo carecía de mano. Terminaba a la altura de la muñeca. Ofreciendo un verdoso muñón.

El cercenado brazo empujó con violencia.

Kitty fue desplazada. Presa del pánico corrió hacia el dormitorio atrapando el teléfono acoplado sobre la mesa de noche. Comenzó a teclear nerviosamente.

—Oiga... ¡Responda...! ¡Auxilio...!

El intruso no pareció inquietarse por aquella desesperada llamada.

—Nadie te responderá...

La ronca voz del hombre estremeció a Kitty. El micro escapó de sus temblorosas manos.

—No... No...

El hombre sonrió. Su rostro estaba moteado por infinitas cicatrices. Como salpicado por un ácido destructor. Totalmente desfigurado. Sus ojos, al carecer de párpados, semejaban dos refulgentes bolas de fuego procedentes del Averno.

—Vas a morir, pequeña... No te importe. No estarás sola en el Más Allá... Son muchos los muertos... Yo los he visto... Hombres, mujeres, niños... Forman legión... No estarás sola...

Kitty quiso esquivarle y alcanzar la puerta. Casi lo logró. Incluso rozó el pomo de la puerta.

El individuo se había abalanzado sobre ella abrazándose a sus rodillas y obligándole a caer, de bruces.

Kitty se debatió desesperada e inútilmente.

Contempló cómo aquel mutilado rostro se aproximaba a ella. Percibió su infrahumano aliento y el nauseabundo muñón acariciando sus mejillas.

Kitty perdió el sentido.

Fue mejor para ella.

Sus ojos ya no se volverían a abrir.

CAPÍTULO X

William Compton, apenas abandonada la mansión de Symonds, atrapó el portafono. De inmediato le llegó la voz de la operadora en la central de San Francisco.

—Aquí

AB-628

—dijo Compton sin desviar su mirada del cristal delantero y sujetando el volante con una sola mano—. Deseo comunicación con San Francisco. Número

WE-8937-05.

—Un momento, por favor...

El detective continuó con el micro pegado al oído.

Sonrió al escuchar la voz de Susan.

—William..., ¿eres tú?

—Por supuesto, nena. ¿Quién más te podía llamar por esta línea?

—¡Oh, William...! Me tenías preocupada. Quedaste en llamarme ayer. Llevo todo el día sin salir del despacho en espera de tu llamada.

—Ya te pagaré las horas extra. Presta mucha atención, Susan. Comunícate con Billy Rusell. Quiero que te proporcione amplia información sobre las actividades de Rudolf Symonds antes de instalarse en Farrsville, sobre Robert Masterson, actualmente *sheriff* de Farrsville, y de un tal Peter Walston, oscuro actor de Hollywood que realizó una película sobre la vida de Hitler.

—¿Algo más?

Compton rememoró una de las fotografías descubiertas en los dos hombres que le atacaron.

—Sí... Acude a Fams Foto de San Francisco... investiga quién encargó el clisé número

89 635

realizado en el año 1968. Representa a un hombre, una mujer y tres niños. ¿Has comprendido todo?

—Sí, William.

—Quiero toda la información para dentro de una hora. Es muy urgente.

—¿Dónde te hospedas?

—En el Catbird Hotel, pero no llames tú. Yo te telefonearé.

—¿Ocurre algo, William?

—Demasiadas cosas, Susan. Recuerda. Quiero la información dentro de una hora y seré yo quien te llame, ¿de acuerdo?

—Sí, William.

—Hasta pronto, pequeña.

Compton colgó el micro.

Ya estaba llegando a la Winn Avenue.

Y fue entonces cuando súbitamente se cruzaron aquellas cuatro infernales máquinas. Con ensordecedor rugir. Cuatro motocicletas pilotadas por jóvenes melenudos. Potentes máquinas con profusión de macabros adornos.

William Compton se vio obligado a frenar bruscamente. Y a pesar de ello no pudo evitar el encontronazo con uno de ellos.

El melenudo saltó ágil evitando ser aprisionado por su propia máquina. Sus tres compañeros serpentearon unos minutos terminando por detener sus motocicletas.

—¿Te encuentras bien, Richard? —gritó uno de ellos.

El llamado Richard asintió con un movimiento de cabeza. Estaba comprobando los daños causados a su máquina.

—Este bastardo me ha roto uno de los pilotos traseros...

—Apuesto a que lo pagará muy gustoso, Richard. ¿No es cierto, bastardo?

William Compton, que había descendido del auto para interesarse por lo ocurrido, sonrió fríamente.

—Os habéis lanzado sobre mí. Difícilmente pude esquivar el golpe.

Richard se aproximó. Su rostro era alargado. Caballuno. Con abundante pelo que casi le alcanzaba los hombros. Vestía negra chaquetilla de cuero, ajustados pantalones *jeans* y botas de altas cañas.

Sus compañeros cortados por un mismo patrón.

—Repite eso, bastardo... ¿Insinúas que nosotros somos los culpables?

—Correcto, Richard —asintió Compton sin abandonar su fría sonrisa—. Y ahora quitad vuestros cacharros del camino.

Los cuatro melenudos se miraron entre sí.

Sorprendidos.

—Ha insultado a nuestras máquinas...

—Cierto, Bob —corroboró Richard muy compungido—. Y eso merece una buena lección.

Los cuatro muchachos, ninguno de ellos alcanzaría los veinticinco años de edad, se distanciaron formando círculo. Richard y Bob sacaron de sus chaquetillas unas largas cadenas de hierro. Sus otros dos compañeros se limitaron a oscilar unos calcetines rellenos de arena.

Avanzaron hacia Compton.

La reacción de los melenudos no sorprendió al detective.

En San Francisco abundaban este tipo de grupos. Individuos fetichistas enamorados de las curvas de su motocicleta. Grupos salvajes que sembraban el terror por las calles. Como máximo exponente estaban los The Wild Angels y sus imitadores.

Al igual que aquellos cuatro melenudos.

Unos «ángeles del infierno» en plan provinciano.

Más bestias.

Y pronto lo demostrarían.

Richard amagó permitiendo que fuera su compañero Bob el que descargara el trallazo. La cadena atenazó las piernas de Compton obligándole a caer; pero antes de besar tierra tiró con fuerza.

Bob no soltó la cadena.

De ahí que acudiera vertiginosamente hacia Compton. Éste le esperaba con el puño cerrado.

Un solo golpe fue suficiente para que el melenudo se desplomara sin sentido. Asomando un par de dientes por sus ensangrentados labios.

William Compton giró sobre el asfalto.

A tiempo de evitar el terrorífico latigazo de Richard. La cadena hizo brotar chispas en el pavimento.

El detective, con la cadena enroscada a los pies, no se incorporó con la suficiente rapidez. Los otros dos melenudos le golpearon con

sus improvisadas cachiporras.

Compton sintió que la cabeza le estallaba en mil pedazos. La oscuridad le envolvió. Como una negra capa plagada de infinitos puntos luminosos.

Bob, con el rostro desencajado de ira, le estaba pateando el estómago.

Pero William Compton era ya insensible al dolor.

Su reloj de pulsera aún funcionaba.

Cuarenta minutos había estado inconsciente. Tendido de bruces sobre el tórrido asfalto. Al incorporarse, una mueca de dolor se reflejó en el rostro de Compton. Se llevó ambas manos al costado izquierdo. Tropezando con el revólver depositado en la funda sobaquera. Se maldijo por no haber utilizado el arma para asustar a aquellos hijos de perra.

Avanzó torpemente hacia el auto.

Al tomar asiento frente al volante se percató del desperfecto ocasionado en el portafono.

Arrancado de cuajo y destrozado el micro.

William Compton, cubierto de polvo y bañado en sudor, cerró momentáneamente los ojos reclinándose en el asiento. Empezaba a catalogar la violenta reacción de los cuatro melenudos. El único objeto del ataque fue el destruir su portafono.

Encendió un «Pall Mall».

No emprendió la marcha hasta consumido el cigarrillo. Ya más recuperado del castigo recibido.

El «AMX» pronto se adentró en Farrsville terminando su recorrido al estacionar en el *parking* del hotel.

El lamentable aspecto de Compton no pareció sorprender al recepcionista.

—Deme mi llave.

—Tengo una nota para usted, señor... La señorita Karlson, poco antes de marchar, ordenó se la entregara.

El recepcionista dejó un sobre en el mostrador.

—¿Se ha marchado...? ¿Cuándo?

—Después de permanecer con usted en el *snack*, subió a su habitación para recoger el equipaje. Se interesó por el próximo servicio con dirección a San Francisco. Creo que consiguió plaza en

el autobús de las 9,45.

Compton rasgó el sobre.

En su interior una cartulina con membrete del hotel junto con unas breves líneas manuscritas.

«No puedo permanecer aquí, William. Perdóname.
Tampoco acudiré a tu amigo Hackman. Prefiero olvidar
toda esta pesadilla.

»Kitty».

William Compton se apoderó súbitamente del libro de registro.

—¿Eh...? ¿Qué hace...? ¡No puede...!

Rechazó con violencia al recepcionista.

Consultó las entradas registradas en los últimos días. Allí estaba su firma correspondiendo con el recuadro de la habitación número 407.

—¿Dónde figuran los nombres de Dean Bendix y Kitty Karlson...? Entraron el mismo día que yo.

—¡No tiene ningún derecho! —protestó el empleado—. ¡No le está permitido consultar el libro...!

—¡Responda!

La fría y amenazadora voz de Compton atemorizó al conserje.

—No... no fueron registrados...

—¿Por qué?

—El señor Bendix ya era cliente... no se consideró necesario...

—Está mintiendo. Se ha manipulado en este libro o tal vez lleven dos a la vez. Quieren borrar toda huella del paso de Bendix y Kitty por Farrsville. ¿O tal vez para que no compare su firma con la de la nota?

—No sé de qué me habla, señor...

—Si algo le ha ocurrido a Kitty juro que no descansaré hasta castigar a los culpables. Aunque tenga que enfrentarme a todo Farrsville... ¿Hay cabina telefónica en recepción?

—Sí...

—Quiero un número de San Francisco. Me pasa la comunicación
a...

—Lo lamento, señor. La línea con San Francisco está averiada.
Compton entornó los ojos.

Ocultando así un peligroso brillo.

—Bien. Si no funciona el automático, solicite la comunicación a la central de Farrsville.

El recepcionista tragó saliva.

—Creo que no me ha comprendido, señor. Existe una avería general. No funciona ninguna línea con el exterior.

William Compton hizo ademán de abalanzarse sobre el individuo. Dispuesto a hacerle saltar un par de dientes.

Le detuvo la seca y autoritaria voz de Robert Masterson.

—¿Ocurre algo, Gene?

Gene Parker, el recepcionista del hotel, suspiró aliviado.

Compton se enfrentó al representante de la ley.

—Me acaban de comunicar que no tenemos servicio telefónico con el exterior.

—¡Ah, sí...! Ciertamente. Una avería grave. Vengo precisamente de nuestra central. Posiblemente se demore el problema durante el día de hoy. Incluso mañana. ¿Era muy urgente su llamada?

William Compton se percató de la ironía que rezumaban las palabras del *sheriff*.

Correspondió a ella.

—No... Sólo saber los resultados del Golden Gate Fields. Aposté veinte dólares al caballo «Centella».

—Puede aproximarse a la autopista. Desde allí le será fácil comunicarse con San Francisco. Desde cualquier cabina pública, gasolinera o *snack*.

—No es urgente.

—¿De veras?

Los dos hombres se miraron a los ojos.

Fijamente.

Desafiantes.

—Gene... ¿Le has entregado la nota?

—Sí, *sheriff*.

Masterson sonrió.

—Guapa muchacha. Yo mismo la acompañé hasta la estación de autobuses. Tenía mucha prisa por abandonar Farrsville. Usted debería hacer lo mismo, Compton.

El detective encendió un cigarrillo.

Sin apartar la mirada del *sheriff*.

—He conocido a muchos bastardos, *sheriff*. Auténticos hijos de

zorra. Reunidos en un concurso usted sería el ganador.

Masterson enrojeció.

—Retire esas palabras, Compton.

—¿Retirarlas? Voy a hacer algo mejor, *sheriff*...

William Compton proyectó súbitamente su puño derecho al estómago del representante de la ley. Con brutal violencia. El mismo puño derecho, al doblar Masterson, descargó un segundo golpe. Tras la oreja izquierda.

Robert Masterson cayó sin sentido.

Ante los estupefactos ojos de Parker.

—Voy a almorzar —dijo Compton con sonrisa de satisfacción—. Si el *sheriff* me necesita para algo me encontrará por las calles de Farrsville.

El detective abandonó el hotel.

Tranquilo.

Empezaba a comprender el juego. No querían eliminarle mientras permaneciera en Farrsville. Nada harían contra él. Ni tan siquiera detenerle por golpear a la máxima autoridad. Si abandonaba el pueblo, alguien le estaría esperando a mitad del camino.

Estar en Farrsville era como deambular por una gigantesca tela de araña. En peligro. Sin comprender nada de cuánto ocurría a su alrededor. Junto con las extrañas desapariciones de cadáveres... incluida Kitty.

Ya habían transcurrido dos horas desde su llamada a Susan.

Imposible comunicarse de nuevo con ella.

Estaba aislado.

Querían así obligarle a marchar de Farrsville.

William Compton almorzó en efecto en uno de los restaurantes del pueblo. Solicitó allí comunicación telefónica con San Francisco, pero le fue denegada con idéntica explicación. En el *snack* donde tomó café, en la cabina pública...

Avería general.

Imposible la comunicación con el exterior.

Retornó al hotel. En su habitación descansó un par de horas. El dolor en el costado izquierdo aún le molestaba. Disfrutó de la ducha y adecentó su ropa cambiando de jersey.

Bajó a recepción con un cigarrillo humeando en los labios.

Nadie le importunó.

Ni rastro del *sheriff*.

Acudió al *snack-bar* del hotel. Muy concurrido ya con el inicio de la noche. En la música ambiental la melódica voz de Sinatra.

William Compton solicitó un «Manhattan» en el mostrador.

Continuaba inquieto por la suerte de Kitty. Dudaba de su marcha. Algo le había ocurrido. Sin duda abrió la puerta de la habitación y...

Los pensamientos de Compton se interrumpieron al quedar fija su mirada en la mesa donde estuviera con la muchacha.

Tomo el «Manhattan» en su diestra.

Con aparente indiferencia acudió a la mesa acomodándose en el semicircular asiento. Encendió un nuevo cigarrillo. Su mano izquierda comenzó a tantear bajo la tabla, en la pared cercana, en el cenicero, la lámpara de mesa...

Hasta descubrirlo.

Un talking-bugs [3].

Un minúsculo micrófono camuflado entre las flores del jarrón.

Así habían seguido su conversación con Kitty, descubriendo la señal convenida de cinco golpes en la puerta... Micrófonos ocultos en todas las mesas. Sin duda también en las habitaciones del hotel. De ahí que lograran desembarazarse a tiempo del cadáver de Dean Bendix mientras Kitty le narraba lo ocurrido.

Sí.

Ellos lo controlaban todo.

Pero... ¿quiénes eran ellos? ¿Qué intentaban? ¿Qué misterio trataban de ocultar en Farrsville?

William Compton empezó a sentirse preocupado.

Estaba solo.

Si al menos conociera a sus enemigos...

Se incorporó acudiendo a la sala de recepción del hotel.

Allí le esperaba una gran sorpresa.

Susan, su atractiva secretaria, estaba conversando animadamente con el recepcionista.

CAPÍTULO XI

Se reunieron en la amplia sala de recepción.

Seguidos de la furtiva mirada de Gene Parker.

—¿Qué haces aquí? —masculló Compton furioso—. ¿Por qué diablos has venido?

Susan le sonrió mimosa.

Lucía un vestido camisero de geométrico estampado en punto de poliéster texturizado. Juvenil. Con la falda hasta la mitad del muslo. En su diestra un neceser.

—¿Estás enfadado, William?

—Sí, maldita sea. No has debido hacerlo.

—¿Por qué no? He esperado tu llamada durante horas. Aseguraste que era urgente. De vital importancia, ¿no? Dado que ordenaste no llamar al hotel y temiendo que te hubiera ocurrido algo, decidí desplazarme hasta aquí en mi viejo «Ford». Creí que te alegrarías de verme.

—No aquí, Susan. Farrsville es un lugar poco recomendable. ¿Has reservado habitación?

—Todavía no. Estaba preguntando por ti cuando te vi aparecer.

Compton acudió a recepción.

—Quiero una habitación para mi secretaria.

Gene Parker hizo como si consultara la lista de vacantes.

—Pues... lo lamento, señor. No hay ninguna disponible. Hoy esperamos un grupo y...

—Bien. No importa. La señorita ocupará mi habitación. Nos arreglaremos.

—Eso no nos está permitido, señor. La moralidad del hotel...

Compton fue rápido.

Con la zurda atrapó la chaqueta del individuo atrayéndolo contra el mostrador. La mano derecha del detective le propinó dos secos trallazos.

La cabeza de Parker osciló de un lado a otro.

—Escucha con atención, Gene... Ése es tu nombre, ¿verdad? Ahora sólo te he roto los labios. Si quieres tragarte los dientes únicamente tienes que responder negativo a la siguiente pregunta: ¿Puede hospedarse la señorita en mi habitación?

—Sí... Sí, señor.

—Magnífico. Muy amable, Gene. No olvidaré darte una buena propina.

William Compton le soltó empujándole contra el casillero. Acto seguido acudió junto a la perpleja Susan. Tomándola del brazo se encaminaron hacia la salida.

—Cielos, William... ¡Qué poco amable eres con el servicio! ¿Adónde vamos?

—A mi auto. Daremos una vuelta por Farrsville mientras me informas.

—¿Por qué no en tu habitación? Sería más íntimo.

Compton rió con sarcasmo.

—¿Íntimo? Seguirían nuestros movimientos por circuito cerrado, mediante micrófonos...

—¿Qué quieres decir?

El detective abrió la portezuela del «AMX».

Se acomodaron en el asiento.

La falda del vestido mostró con generosidad los esbeltos muslos de Susan. Enfundados en finos *pantys*.

William Compton, por un instante, se olvidó de los truculentos sucesos de Farrsville. Besó apasionadamente los labios de la muchacha.

—No ha sido un mal inicio, William...

—Lo continuaremos después del informe —sonrió Compton emprendiendo la marcha—. Empieza.

—¿Qué te ocurre? ¿Por qué tan preocupado?

—Tú primero, Susan.

La joven se reclinó en el asiento.

—Okay... Empezaré por Rudolf Symonds. De aristocrática familia californiana. Actualmente el último de su dinastía. Symonds quedó viudo en 1966. Su mujer falleció de un ataque cardíaco. Se asegura que a consecuencia de la desaparición de su hijo en Vietnam. Del joven Donald Symonds jamás se supo nada. Rudolf

Symonds, militar en la reserva, decidió entonces desplazarse al Vietnam. Permaneció allí hasta finales de 1969. Al regresar a los Estados Unidos dejó su primitivo cargo de profesor en bioquímica e invirtió todo el capital de la familia en la creación de la Symonds Chemical.

—¿Regresó sin saber nada de su hijo?

—Oficialmente se le dio por muerto. Algunos compañeros de Donald Symonds atestiguaron que la patrulla quedó envuelta por una llamarada de napalm. Donald estaba en esa patrulla.

—¿No hay nada turbio en la vida de Rudolf Symonds?

—Negativo. Es un dios para Farrsville. Ha creado puestos de trabajo, mejor nivel de vida, más prosperidad...

—¿Qué me dices de la fotografía?

—Hemos tenido suerte. Milagrosamente la ficha aún no fue destruida. La fotografía en cuestión, representando a una mujer, un hombre y tres niños, fue encargada por un tal David Streiner. Es él quien aparece acompañado de su mujer e hijos. Se realizó poco antes de que Streiner marchara destinado a Vietnam. De allí no regresó jamás.

—¿Muerto?

—Oficialmente. Al igual que en el caso de Donald Symonds, no se encontró su cadáver.

William Compton quedó en silencio.

Pensativo.

El «AMX» circulaba a poca velocidad por las solitarias calles de Farrsville. La noche ya era dueña de la ciudad.

—¿Crees que guardan relación, William?

—¿Cómo...? Ah, no... Pensaba en otra cosa. En un hombre de rostro horriblemente mutilado. En sus bolsillos llevaba esa fotografía.

—¿Insinúas...?

—¿Si era David Streiner? Lo ignoro, Susan. Continúa.

—Llegamos a Robert Masterson. Nacido y criado en Farrsville. Sin antecedentes. Un hombre anodino. Granjero, leñador, carpintero... y actualmente *sheriff* de Farrsville. Lleva en el cargo dos años.

—¿Combatió en el Vietnam?

—No.

—¿Y Peter Walston?

—Nada. Hay miles de hombres que responden a ese nombre. Billy Rusell investigó entre sus contactos de Los Ángeles. El tal Peter Walston jamás realizó filme alguno en Hollywood. No figura como actor ni «extra» en ninguna película sobre la vida de Hitler. Tal vez no tomé bien el nombre...

—Es correcto. Peter Walston.

—Pues mintió, William. No trabajó en Hollywood ni hizo filme alguno.

—El embuste partió de Rudolf Symonds. Es curioso.

—William, por favor... ¿puedo saber qué ocurre aquí? Todo esto no parece guardar relación con Barbra Eythe.

Compton detuvo el auto en las afueras de Farrsville.

Encendió un cigarrillo.

Con pausada voz comenzó a narrar todo lo acontecido desde su llegada a la ciudad.

Susan, tras escuchar atentamente, se llevó ambas manos a la garganta.

—No me gusta, William..., existe algo satánico... ¿Por qué no abandonamos ahora mismo Farrsville? Denunciamos lo ocurrido y...

—Eso es lo que esperan ellos, Susan. No llegaríamos con vida a San Francisco.

—Yo puedo...

El detective interrumpió de nuevo:

—No, Susan. Ya te has dado a conocer. Posiblemente tú también estás sentenciada.

Las palabras de William Compton resultaron proféticas.

Aparecieron súbitamente tres autos. A gran velocidad. Sus faros enfocaron el «AMX».

Descendieron varios hombres.

Capitaneados por Robert Masterson.

El representante de la ley empuñaba un potente rifle cuyo cañón introdujo por la ventanilla del «AMX».

El detective no intentó nada.

No quiso con Susan a su lado.

El *sheriff* rió en cruel mueca.

—Bien, Compton. Lo ha conseguido. Morirá en Farrsville.

Fueron conducidos a la mansión de Rudolf Symonds.

No entraron en la casa.

El *sheriff* accionó una trampilla existente en el invernadero. Perfectamente camuflada.

Compton y Susan fueron obligados a descender la escalera.

Custodiados por cuatro individuos y el propio Masterson.

El detective aferró la mano de Susan. Infundiendo ánimos a la pálida muchacha. También él los necesitaba. Había sido desarmado y las posibilidades de salir con bien de aquello se iban reduciendo.

Máxime al quedar ahora en aquel subsuelo.

El asombro e incredulidad hicieron mella en Compton.

Se encontraban ante una perfecta ciudad subterránea. Largos pasillos de magnífica iluminación, amplias salas, carriles, plataformas deslizantes...

Recorrieron un largo trecho.

Robert Masterson y los cuatro hombres sin cesar de encañonarles.

—¿Cansado? —rió el *sheriff* empujando a Compton con el cañón del rifle—. Ya estamos llegando. Todo este inmenso sótano une la mansión de Rudolf Symonds con la Symonds Chemical.

Una metálica puerta de guillotina se abrió automáticamente.

«Identificación», se leía en un cartel luminoso.

Compton y Susan penetraron en primer lugar. La puerta se cerró tras ellos. Sin que Masterson y los cuatro individuos accedieran a la sala.

Pero no estaban solos.

Susan, presa de terror, se abrazó al detective.

Infinidad de vitrinas y estanterías ocupaban la amplia sala. En ellas se alineaban figuras de cera. Cabezas, manos, piernas...

William Compton se fijó en las más recientes.

Una cabeza femenina. Junto a la de dos hombres.

Pudo identificarlas.

Habían sido reproducidas últimamente en los diarios de toda California.

Eran Barbra Eythe y sus dos secuestradores.

CAPÍTULO XII

Por otra compuerta de la amplia sala apareció Rudolf Symonds. Con una bata blanca. Le acompañaban dos individuos armados. Uno de ellos era Samuel Curtis. El pit-boss.

Symonds se aproximó sonriente.

—Buenas noches, Compton... Le veo muy bien acompañado. ¿Su prometida?

—¿Qué significa todo esto, Symonds...? —inquirió Compton con fría voz.

—Por favor, Compton... ¿Aún no lo sabe? Tarde o temprano, y en su empeño por permanecer en Farrsville, hubiera sospechado de mí. Sólo un hombre como yo podría dominar toda la ciudad. No se quiso marchar, pero no importa. Le llevaremos muerto a la autopista y allí sufrirá un... accidente. La chica se quedará con nosotros. Será útil a nuestra asociación.

—No comprendo...

—Por supuesto que no, Compton. Es lógico. ¿Ve todos estos moldes y mascarillas? Reconoce más de una, ¿verdad? Aquí tenemos a Barbra Eythe, a sus asesinos Blake Andrews y George Brook... Ahora estamos trabajando en Kitty Karlson y Dean Bendix.

—Está loco...

Rudolf Symonds trazó una orgullosa mirada por la sala.

—Aquí hay aproximadamente un centenar de mascarillas. Pertenecientes a hombres y mujeres. Ya que va a morir, merece una explicación, Compton. Durante más de un lustro se han producido una serie de misteriosas desapariciones en Farrsville. Asesinatos para ser más exactos. Las víctimas eran hombres solitarios. Desde el fugaz vagabundo al ejecutivo en viaje de negocios. Todas esas muertes eran ordenadas por mí. Para abastecemos de... material. ¿Sigue sin comprender, Compton?

El detective sintió un nudo en la garganta.

La verdad era demasiado espeluznante para resultar cierta.

—Sospecho que todo está relacionado con su hijo Donald, muerto en Vietnam.

Rudolf Symonds rió en desaforada carcajada.

—¡Magnífico! Suponía que había investigado mi pasado. Mi hijo no murió, Compton. Yo di con él. Escondido en una bombardeada aldea vietnamita. Con el noventa por ciento de su cuerpo llagado. Convertido en un monstruo. Quemado por el napalm. Traté de ayudarlo, de convencerle para que regresara conmigo a los Estados Unidos. Se negó. No razonaba. La última vez que le vi corría desnudo por la selva aullando como un poseso. Yo regresé con los primeros repatriados. Ya me había trazado una meta. La Symonds Chemical sería la tapadera. Aquí encontrarían refugio todos aquellos despojos humanos quemados por el napalm. Serían seleccionados. Los más deformes y monstruosos tendrían preferencia. Dejarían de ser piltrafas humanas. Yo les daría un nuevo rostro.

—Su mente está enfermiza, Symonds...

—¿Me considera un loco? En Symonds Chemical cuento con los mejores especialistas en cirugía plástica y estética..., con ilustres científicos capaces de recomponer el cuerpo humano siempre que existan donantes. Yo les proporciono los... «donantes». Los científicos y doctores que me ayudan también perdieron algún familiar en Vietnam o simplemente colaboran por ambición. Yo les pago muy bien. Con generosidad. Al igual que en la ciudad. Controlo toda Farrsville.

—¿Quiere hacerme creer que todos en Farrsville secundan su monstruoso plan?

—Un elevado tanto por ciento, Compton. Son miles los excombatientes del Vietnam repartidos por los Estados Unidos. Hombres mutilados. Sin rostro. Sin hogar. Rechazados por los suyos debido a su horrible deformidad. Los selecciono en pequeños grupos y hago realidad su sueño. Tal vez un día, alguno de ellos, resulte ser mi propio hijo. Ésa es mi esperanza. La Symonds Chemical es una lucrativa tapadera. Es un buen negocio acrecentado por la fabricación de drogas. Mis protegidos pueden incluso elegir su nueva personalidad. ¿Uno es mecánico? Correcto. Se busca un

mecánico en Farrsville. Preferentemente sin familia. Se le hace desaparecer y mi protegido ocupa su puesto. Con idéntico rostro al de su predecesor.

—¿Como en el caso del *sheriff* Masterson?

Symond entornó los ojos.

—Sí... Muy astuto, Compton. El actual Masterson llegó aquí hace tres años. Su rostro era una deforme masa. Esperó turno. Hoy disfruta placenteramente de la vida. Muchos habitantes de Farrsville han sido reemplazados por mis protegidos.

—¿Qué me dice de Peter Waltons?

—Ah... el bueno de Peter. Por supuesto jamás se pareció a Hitler; pero sí era ése su deseo. ¿Por qué no complacerle? Se hacen maravillas con la cirugía. En este subsuelo dispongo de un fabuloso equipo técnico. Y Sylvia... la enfermera del rostro desfigurado que soñaba con parecerse a Marilyn Monroe...

—¿Qué ocurrió con Barbra Eythe?

Symonds chasqueó la lengua.

—Un lamentable contratiempo. George Brook y Blake Andrews eligieron casualmente mi bosque para desembarazarse de Barbra. Por circuito cerrado de televisión contemplé cómo eliminaban a la muchacha. No me gustó. Esto es coto privado. Sólo yo dispongo los asesinatos. Ordené retirar el cadáver de Barbra. Últimamente es muy complicado el encontrar... material. Nosotros no nos limitamos a injertos de piel o trasplantes de cabello. La sustitución de miembros es nuestra especialidad. Y no me refiero a falsos miembros ortopédicos a base de silicona. Nuestros repuestos son totalmente naturales. Hemos alcanzado la más alta cirugía, Compton. Algo que no se realiza en los más avanzados quirófanos de los Estados Unidos.

La frente de Compton se perló de frío sudor.

—No..., no puede continuar así... Dando muerte para que otros...

—Llevo años así, Compton. Y continuaré pese a su intromisión. El problema llegó con esos Brook y Andrews. Telefonaron a Walter Eythe sin que nos percatáramos de ello. Fue preciso engañar al FBI. Cuando todo parecía haber vuelto a la normalidad, apareces tú. Y un nuevo y lamentable error.

—El confundirme con Dean Bendix.

Symonds asintió con demoníaca sonrisa.

—En efecto. Como ya te he comentado, el conseguir donantes es muy laborioso. No hay que despertar sospechas. Las víctimas deben ser eliminadas sin que haya luego investigación policíaca. Un ejemplo es Estelle Kane. Una joven ambiciosa. Sin familia ni hogar fijo. Fue fácil engatusarla. Ahora nadie preguntará por ella. El Laberinto es también para atraer futuras víctimas. Hombres depravados como Dean Bendix. Les ofrecemos disfrutar de una desenfrenada orgía. Ellos, tarde o temprano, vuelven a este singular antro de placer. Escapan de sus habituales ocupaciones con falsas disculpas. Llegan aquí de riguroso incógnito. Sin comunicarlo a nadie. A su segunda o tercera visita, desaparecen para siempre. Sí... fue un error el confundirte con Bendix. A él ya le teníamos estudiado. Era un ser despreciable. Envié a dos de mis protegidos para acabar contigo, Compton.

—David Streiner y otro camarada.

—Ah... ¿Averiguaste su nombre? Buen detective..., Compton. Te felicito. Es una pena acabar contigo. Se intentó de nuevo en el hotel.

—Nuevo error.

—Debes disculpar a mis protegidos. Son hombres de torturado cuerpo y mente. Los sucesos del Vietnam no se olvidan con facilidad. Sí, Compton. De nuevo se equivocaron. Dean Bendix fue el muerto.

—¿Por qué amputarle las manos?

Symonds rió divertido.

—Las necesitábamos para determinada operación. Mi protegido creyó que nos hacía un favor llevándolas personalmente. Ya te he dicho que son como niños. Afortunadamente no te hemos hecho desaparecer. Tú eres hombre importante. Relacionado con el FBI. Walter Eythe te envió aquí. No era prudente acabar contigo. Simularemos un accidente lejos de Farrsville; pero tú ya serás cadáver.

—Bien, Symonds. Adelante con tu satánico plan, pero ella está al margen. Déjala marchar. Es mi prometida. No sabe nada de mis actividades y...

—Eres muy gracioso. Ahora ya sabe demasiado. Necesitamos mucho material, Compton. Nuestras cámaras de hibernación están

casi vacías. Sí..., necesitamos repuestos.

—Maldito engendro de Satanás...

—Llévaos a la muchacha a la sala de operaciones —ordenó Symonds—. El doctor Stewart se hará cargo de ella.

Uno de los individuos armados avanzó hacia Susan.

En ese instante se escuchó una detonación. Su eco se extendió por todo el subsuelo. Aquello sorprendió a Symonds y a sus dos hombres.

Y William Compton se aprovechó de ello.

Empujó a Susan arrojándola al suelo mientras que él se abalanzaba sobre uno de los individuos.

—¡Acabar con él! —vociferó Symonds—. Iré a ver quién ha disparado...

Se precipitó hacia una de las puertas.

Justo en el momento en que John Hackman hacía su aparición. Seguido de varios agentes del FBI y de un nutrido grupo de policías uniformados. Con sus armas en posición de disparo.

EPÍLOGO

La puerta del despacho se abrió.

—El señor Hackman solicita ser recibido.

William Compton, reclinado en el sillón y con los pies sobre la mesa, sonrió apartando el cigarrillo de los labios.

—Hazle pasar, Susan.

El inspector del FBI entró mascullando por lo bajo.

Ante la risa mal contenida de Susan.

—¡Maldita sea, William...! ¿Quién te crees que eres? ¿El presidente de los Estados Unidos?

—Soy un simple investigador privado que ha proporcionado al FBI el caso más espectacular de toda su historia.

—¡Sí, diablos! —Hackman se dejó caer en uno de los sillones—. En eso te doy la razón. Llevamos semanas trabajando en Farrsville. ¡Y aún estamos en los principios! Doble personalidad, complicados y no complicados, ilustres científicos, asesinos profesionales a sueldo..., y una veintena de deformes e infortunados hombres encontrados en los sótanos. Espeluznante, William. En la denominada sala de hibernación cadáveres descuartizados... Es algo irreal.

—La mayoría de Farrsville están implicados.

—Cierto, aunque muchos ignoraban las actividades de Symonds. Se limitaban a obedecerle como a un cacique. Symonds era generoso. Controlaba todo. Hoteles, restaurantes, salas... Lo del Laberinto es algo fabuloso. Una obra de ingeniería. Puertas falsas...

—Todo eso ya lo sé, John. ¿Vienes a darme las gracias?

Hackman resopló.

—¿Las gracias? ¡Al diablo contigo! Has arrojado sobre mis espaldas trabajo para el resto del año. Un trabajo demoníaco. Escalofriante. Hombres mutilados, cadáveres descuartizados... Es difícil imaginar hasta dónde alcanza la maldad en el ser humano.

—La maldad o la locura, John.

—Sí..., es posible. Sólo una mente enfermiza pudo germinar semejante plan.

—Se maduró en Vietnam, John. Bau-Tri,
My-Lav,
Song-My,

Pinkville..., han pasado a la historia como escenarios del más cruel sadismo. Muerte, sangre, napalm... Un buen marco para ideas satánicas.

—Puede que tengas razón. Bien, William. Mañana regreso a Farrsville. Llevamos allí dos semanas. Sin el menor descanso. El identificar a los... desaparecidos nos llevará mucho tiempo. Lo hacían bien. Sin registrar en los hoteles, sin rastro... En fin. Mi presencia aquí es para invitar a Susan y a ti. Mi mujer ha preparado tu plato favorito.

—Lo lamento, John. Hoy mismo salimos para Las Vegas.

—¿Celebrando la gratificación de Walter Eythe?

—No, John. El descubrir el descuartizado cuerpo de Barbra no es para celebrar. Sólo deseamos olvidar la pesadilla de Farrsville.

—Sí... Disculpa... Me voy.

—Eh, Johnny... Aún no te hemos dado las gracias. Tu llegada fue muy oportuna.

—Olvidalo. No tuvo importancia. Fue un golpe de suerte. Cuando se descubrió a aquel fulano pagando con un billete de diez dólares de los marcados por Eythe; creí ir tras los secuestradores de Barbra. El tipo resultó ser Lewis Cornell. Un asesino profesional. A sueldo para Symonds. Creo que te esperaban. Fue en una gasolinera de la autopista. Al darme el aviso acudí personalmente. Me sorprendió que su patrón fuera el honorable Rudolf Symonds. Solicité refuerzos a San Francisco. En Farrsville llegué a tiempo de ver cómo te introducían en el invernadero. Aquello me resultó aún más sorprendente. Distribuí a mis hombres y...

—Gracias, John. —Susan se aproximó al hombre del FBI besando su mejilla—. Nos salvó la vida.

John Hackman, el duro y veterano SAC del Federal Bureau of Investigation, enrojeció.

—Bueno... yo... me retiro. Nos veremos después de tus vacaciones, William. ¿De acuerdo?

—De acuerdo, Johnny.

La muchacha acompañó a Hackman hasta la salida.

Retomó junto a Compton.

—Oye, William...

—¿Sí?

Susan le echó los brazos al cuello.

Ofreció sus entreabiertos labios.

Apretándose contra él.

—Antes de ir a Las Vegas... ¿por qué no pasamos por Reno?

—¿Reno? ¿Qué se nos ha perdido allí?

—Dicen que allí es muy sencillo conseguir una licencia de matrimonio.

William Compton quiso incorporarse.

Protestar.

Nada de eso pudo hacer.

Susan le había atenazado con más fuerza uniendo sus carnosos labios a los de él.

Y William Compton, el mejor investigador privado de San Francisco, terminó por ceder.

FIN

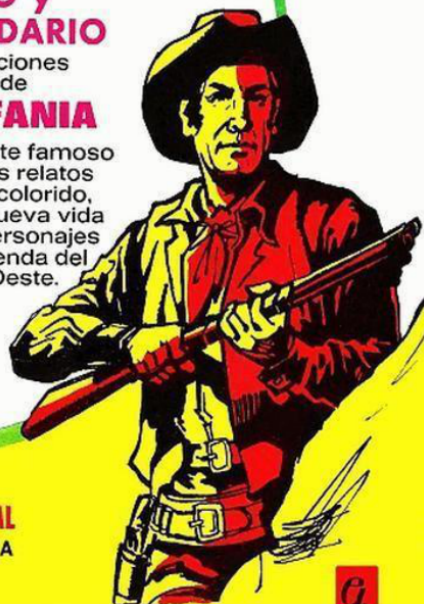
DESDE AHORA
EDITORIAL BRUGUERA, S.A.
publica en calidad de
NOVEDAD EXCLUSIVA
en sus series

**CENTAURO y
OESTE LEGENDARIO**

las primeras ediciones
de las obras de

M. L. ESTEFANIA

el autor mundialmente famoso
que a través de sus relatos
llenos de fuerza y colorido,
ha sabido prestar nueva vida
a los esforzados personajes
que forjaron la leyenda del
viejo y salvaje Oeste.



APARICION SEMANAL
ASEGURE LA RESERVA
DE SU EJEMPLAR

EDITORIAL BRUGUERA, S. A.
MORA LA NUEVA, 2 - BARCELONA (España)



Impreso en España

PRECIO EN ESPAÑA: 20 PTAS.

NOTAS

[1] Sede central del FBI. < <

[2] Jefe de croupiers. < <

[3] «Chinche parlante», argot policíaco para designar a los micrófonos ocultos. < <